

ATILIO F. MORQUIO YÉREGUI

(1919 – 1990)

Antonio L. Turnes¹

I

Atilio Fermín Morquio Yéregui nació en Montevideo el 8 de marzo de 1919 hijo de Atilio Anibal Morquio Bélinzon y de María Mercedes Yéregui Melis.² Era sobrino de Luis Morquio^{3, 4} y descendiente de la familia Yéregui,⁵ que

¹ El autor agradece la colaboración brindada por Aída Dovat de Morquio y Atilio Morquio Dovat, esposa e hijo del biografiado, por sus aportes fundamentales. A los Dres. Juan Antonio De Boni, Ignacio Miguel Musé y Miguel Angel Chiesa Mounic, por compartir sus experiencias, anécdotas y recuerdos.

² Era por la línea paterna, sobrino de Luis Morquio (1867-1935), médico uruguayo fundador de la Escuela Pediátrica y del Instituto Interamericano del Niño, segundo presidente del Sindicato Médico del Uruguay (1921-1922). Por línea materna, el apellido Yéregui, de origen vasco-navarro, estaba vinculado a una de las primeras boticas de Montevideo (1819) y al Segundo Obispo de Montevideo Inocencio María Yéregui (1833 – 1890).

³ **LUIS MORQUIO BÉLINZON** (1867 – 1935): Médico, una de las figuras más completas y más vigorosas de la ciencia nacional, maestro que fundó verdadera escuela propia, iniciador y propulsor de la obra de protección social a la infancia, exponente conspicuo de la pediatría latinoamericana. Hijo de José Morquio, italiano, y de Anita Bélinzon, nació en Montevideo el 24 de setiembre de 1867. Alumno de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, que dirigía su tío el coronel Juan Bélinzon, pudo decirse que se formó a su lado y bajo su vigilancia. Fue éste, asimismo, quien le costeó, más tarde, el viaje y los estudios de perfeccionamiento en Europa. Interno de la Clínica del Dr. Visca en la Facultad de Medicina, donde la asiduidad y el recto cumplimiento del deber lo distinguían, se doctoró en marzo de 1892 con una tesis sobre el tratamiento de la fiebre tifoidea, pasando de inmediato a París donde frecuentó a los grandes maestros de la época, hizo un curso completo en el Instituto Pasteur y se dedicó especialmente a patología y clínica infantil. De vuelta a Montevideo, en 1894 se inició en la enseñanza como profesor de la clínica de niños dirigida por el Dr. Francisco Soca y al año siguiente obtuvo por concurso la cátedra de Patología Interna. Jefe de la Clínica Infantil por renuncia del titular en 1899, desempeñó el cargo durante largos años, enseñando en posición de verdadero sabio, sin frase literaria ni gesto oratorio, sin disquisiciones teóricas ni profusión de citas, “seguro de que la verdad es la suprema sencillez”, pero en forma intensamente vivida y real, conforme a las palabras de uno de sus alumnos. De total probidad científica, modelo de trabajador extraordinario, minucioso y paciente, fue el Dr. Morquio asimismo un gran animador capaz de infundir entusiasmos e imponer disciplinas de trabajo a la pléyade de brillantes discípulos que debían ser su orgullo y lo honrarían en las horas de su prestigiosa vida de maestro. Tornó a Europa en 1907, incumbido oficialmente por el Gobierno y la Facultad de Medicina para hacer estudios especiales y tuvo ocasión de representar la República en congresos internacionales de materia médica, celebrados en Bruselas, Londres y Roma, donde presidió el de Fisioterapia. En el país tuvo parte muy principal en el Congreso Latinoamericano de Montevideo y en el 1er. Congreso Médico Nacional y fue organizador y presidente del 2º. Congreso Americano del Niño, reunión de espléndidas y trascendentales proyecciones científicas, que consagró el nombre de Morquio en forma definitiva. Distinguido como miembro de múltiples academias y corporaciones extranjeras, colaborador en grandes revistas y en enciclopedias de pediatría, es autor de varios importantes libros de su especialidad, uno de los cuales, “Tratado de alimentación normal y patológica de los niños”, aparecido en 1918, se reeditó al año siguiente, y de porción de memorias de carácter oficial. Merece especial mención destacada en la vida científica del Dr. Morquio, su estudio y su tratamiento por el salicilato de sodio, de las cardiopatías reumáticas en el niño, trabajo que por sí solo bastaría para fundamentar la fama de cualquier clínico. Su libro significó un aporte inapreciable y fundamental en punto a la salvación de la vida de millares de niños, pues el coeficiente de muertes por reumatismo infantil, que había llegado a ocupar el número tres en las tablas nosológicas y al que sólo adelantaban la tuberculosis y la difteria, tuvo una merma verdaderamente asombrosa. Escribió el Dr. Morquio de su mano más de doscientos trabajos sobre Patología e Higiene infantil que vieron luz en revistas nacionales y extranjeras y colaboró en otros tantos escritos por sus discípulos. En 1921, el Maestro fue objeto de un resonante homenaje con que sus discípulos conmemoraron los veinticinco años de profesorado, que lo hallaban en plenitud enseñante. Continuando en la obra tuvo la satisfacción de ver que su

Dr. Antonio L. Turnes Ucha
Montevideo - Uruguay

e-mail: alturnes@adinet.com.uy

dio algunos exponentes incorporados a la tradición histórica montevideana. Su primer nombre Atilio se origina en el de su padre y su segundo nombre Fermín, que casi nunca empleaba⁶, proviene de la familia Yéregui, de su bisabuelo Juan Fermín, de su abuelo Fermín Ciríaco y de su tío Fermín Carlos.

clínica se transformaba en 1931, en Instituto de Pediatría y Puericultura del cual se le designaba Director y vivió hasta el 19 de julio de 1935, en que falleció en Montevideo de una claudicación cardíaca. Una estatua obra del escultor compatriota José Belloni recuerda en sobrio y sereno bronce, en un parque público, al que el ilustre profesor argentino Araoz Alfaro calificó de gran maestro. En: FERNÁNDEZ SALDAÑA, J.M.: Diccionario Uruguayo de Biografías 1810 – 1940, Adolfo Linardi, Editorial Amerindia, Montevideo, 1945, 1366 páginas. Páginas 856-858.

⁴ HERRERA RAMOS, Fernando y GORLERO BACIGALUPI, Ruben: Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo 1, páginas 59-61, Montevideo, 1988. Allí informan que nació Luis Morquio el 24 de setiembre de 1867 y fue bautizado en la Iglesia Matriz el 5 de octubre de 1867, por el Presbítero Andrés Torielli, con licencia del cura párroco de la Catedral Rafael Yéregui, confirmando que era hijo de José Morquio y Ana Bélizon. Agrega que su padre había nacido en Sampierdserena, Génova, y su madre aunque registrada como italiana, era uruguaya, descendiente de italianos y españoles.

⁵ **YÉREGUI**, apellido de origen vasco-navarro, está vinculado en el Montevideo Antiguo a una de las primeras Boticas, registrando los siguientes antecedentes: **YÉREGUI (Fermín Carlos de)**: Nació en Montevideo el 4 de noviembre de 1879, siendo hijo de una familia de antiguo abolengo. Se inició en la Administración Pública desempeñando cargos en la Biblioteca Nacional de Montevideo, en el Museo y Biblioteca Pedagógicos y en el Archivo Administrativo. El 8 de octubre fue designado Introdutor de Diplomáticos; el 4 de marzo de 1912, Jefe de Sección del Ministerio de Relaciones Exteriores; el 4 de mayo de 1913, Secretario de la Delegación Parlamentaria al Paraguay; designado para acompañar al señor Ministro de Relaciones Exteriores en su misión a Buenos Aires, con motivo de la muerte del Excmo. Señor Presidente de la Nación Argentina, doctor Roque Sáenz Peña, el 10 de agosto de 1914; Consejero de la Embajada Extraordinaria a la República Argentina, con motivo de la transmisión del mando Presidencial, el 26 de setiembre de 1916; ídem, ídem, de la Embajada Extraordinaria al Brasil, el 12 de diciembre de 1916. Es Comendador de la Orden de los Santos Mauricio y Lázaro; Oficial de la Orden del Mérito, de Chile; Caballero de la Orden Imperial Austríaca de Francisco José. Ha dedicado gran parte de su vida al estudio de la Ciencia Biblioteconómica, siendo Miembro Corresponsal de los principales Institutos de Bibliografía de Europa. Es miembro fundador de la “Sociedad Uruguaya de Derecho Internacional”. En: Uruguayos Contemporáneos, obra de consulta biográfica por Arturo Scarone, Conservador de la Biblioteca Nacional de Montevideo. Montevideo, Imprenta y Casa Editorial “Renacimiento”, 1918, 676 páginas. Pág. 655. **YÉREGUI, Inocencio María**: Segundo obispo de Montevideo. Había visto luz el 28 de julio de 1833, hijo de Juan Fermín Yéregui, de Tolosa [España] y de Luisa Goichea, porteña. Su carrera la hizo bajo especial patrocinio del Vicario Jacinto Vera que lo distinguió prestamente y le fueron impuestas las órdenes en Buenos Aires, por el obispo Escalada, a fines de 1858. Nombrado como sustituto de Brid, cuando fue separado del curato rectoral de la Matriz, éste se negó a entregarle el cargo así como las llaves de la iglesia, por lo cual la Matriz permaneció cerrada y en interdicto. En 1867, cuando Monseñor Vera, hecho Obispo de Montevideo, emprendió viaje a Europa a fin de asistir al último Congreso Ecuménico del Vaticano donde votaría el dogma de la infalibilidad, Yéregui fue uno de los acompañantes, junto con los presbíteros Letamendi y Cabrera. Ejerció su ministerio con mucha dedicación, sumando a sus tareas ordinarias las de redactor de “El Mensajero del Pueblo”, revista católica, publicada de 1870 a 1875. Tenía funciones de Vicario General durante la dictadura de Latorre, y se le diputó con carácter de agente confidencial ante la Santa Sede, para obtener la elevación del vicariato de Montevideo a categoría de Diócesis, logrando éxito satisfactorio en sus gestiones. Obispo titular de Canopus, “in partibus infidelium”, vacante el Obispado de Montevideo en mayo de 1881 por fallecimiento de Monseñor Vera, Yéregui ejerció interinamente el gobierno eclesiástico hasta que Roma le confirió la investidura como 2º. Obispo de la diócesis. Figuraba en la terna de propuesta oficial como tercer candidato, después de los presbíteros Estrázulas y Conde, pero mereció la preferencia de la Corte Romana, y fue preconizado jefe de la iglesia uruguaya por el Obispo de Buenos Aires. Nueve años alcanzó a desempeñar su cargo, mostrando ser hombre de tendencias moderadas y de carácter conciliador, al cual si en alguna circunstancia se le halla en directivas de lucha, lo hizo conforme a normas impuestas por la política del grupo combativo que encabezaba el presbítero Mariano Soler, heredero de las tendencias ultramontanas de Monseñor Vera. Sacerdote sin mayor calidad intelectual que lo distinguiera, pero de profunda moral, conocedor, muy compenetrado, de las debilidades y las miserias humanas, Monseñor Yéregui fue calificado con acierto por quien lo calificó “un limpio de corazón”. Su existencia tuvo fin en Montevideo el 1º. De febrero de 1890, victimado por una rápida dolencia. En: FERNÁNDEZ SALDAÑA, J.M., Op. Cit., Ref. 2: páginas 1353-1354.

⁶ Comentaba a propósito que el Dr. Walter Fernández Oria, en tiempos que era Secretario General Permanente del Sindicato Médico del Uruguay, era el único que empleaba el nombre de Atilio Fermín Morquio Yéregui, para dirigirle correspondencia, por conocer el detalle, y a modo de broma. (Comunicación personal)

Cuando Luis Morquio falleció Atilio tendría 15 años. Tenía relación con su tío pero no era muy intensa. De adulto contó, alguna vez, que siendo niño, su madre sin haber realizado una solicitud previa, lo llevo a consultar al Maestro Morquio pues estaba afectado por “tos convulsa” (infección respiratoria por *B. Pertussis*). El Prof. Luis Morquio, que ya era hombre entrado en años, tenía varios pacientes en la sala de espera y al oírlo toser dijo a su madre: “¡Sáqueme a ese niño tosedor de aquí que va a contagiar a los demás niños!”. En la noche fue por la casa de su hermano y atendió y medicó a su sobrino.⁷

Contaba también que una vez su madre lo llevó a ver a su tío y quería que hablara delante de su tío, pero Morquio no hablaba. Y entonces Luis Morquio dijo finalmente: “No se preocupe; *non parla ma se fica*”.

De su educación sabemos que concurrió al Liceo Francés y al IAVA. Egresó de la Facultad de Medicina el 11 de enero de 1950.⁸

Tiene una hermana, un año menor, Maria Mercedes que fue una destacada cantante solista de opera del Sodre.

En 1948 contrajo matrimonio con Aída Eleonor Dovat con quien vivió más de cuatro décadas, hasta su muerte. Su esposa había iniciado estudios en la Facultad de Medicina, donde se conocieron, pero no los culminó. Fue ama de casa y se dedicó a la pintura artística, habiendo presentado sus obras en distintas exposiciones a nivel nacional e internacional.

Tuvo dos hijos Atilio Anibal que es Ingeniero Civil y Ana Mercedes que es Arquitecta. Cuando falleció tenía tres nietos Andrea, Claudio y Lucia. Luego de su muerte nació otra nieta Eliana y un bisnieto Diego.

Desde su juventud se destacó por su actividad gremial, su contracción al estudio y la temprana iniciación de su actividad docente en la Facultad de Medicina. Consagró su vida a la Clínica Médica entendida como un alto magisterio junto al lecho del enfermo. De altos valores intelectuales y morales, destacó por su humanismo y su espíritu renacentista, que procuró conocerlo todo en profundidad. Vivió en la calidez de su modestia infranqueable. Murió una tarde de verano, el 11 de febrero de 1990, en el Hipódromo de Maroñas, mientras disfrutaba de una jornada de turf, una

⁷ Comunicación personal.

⁸ BUÑO, Washington: Nómima de Egresados de la Facultad de Medicina de Montevideo. Año 1875 a 30 de abril de 1965, pág. 64.

de sus pasiones, cuando faltaban escasos días para cumplir 71 años. Su fallecimiento se produjo, según consta en el acta de defunción, de una insuficiencia coronaria aguda.

II

Presentando sus méritos y antecedentes docentes, cuando aspiraba a la Cátedra de Clínica Médica, en abril de 1967, decía:

“Mi actuación docente se inicia con el desempeño del cargo de ayudante de disección (Ayudante de Clase) del Instituto de Anatomía Normal⁹, el 22 de mayo de 1940 y se prolonga hasta el momento actual, a través del desempeño de los diversos cargos titulares y honorarios ya mencionados, en los Servicios de los Profesores Plá, Franchi Padé, Migliaro, Soriano, Muxí, Departamento de Emergencia [del Hospital de Clínicas “Dr. Manuel Quintela”], Cátedra de Patología, Escuela de Graduados. Nuestra orientación es fundamentalmente clínica y práctica. Hemos tratado de ampliar constantemente nuestros conocimientos en fisiopatología, histopatología, fármaco-dinamia y terapéutica, pero el eje de nuestra vida ha sido y será el problema práctico asistencial de la Clínica Médica. Nos ha parecido siempre que tiene una enorme importancia la enseñanza directa, en Sala; frente a frente, el docente, el enfermo y el estudiante. Por esta razón hemos pasado la mayor parte de nuestro tiempo en las Salas y nuestras clases han sido principalmente al lado del lecho del enfermo. Nuestra labor complementaria de anfiteatro se ha desarrollado principalmente en dos campos distintos:

- a) llevando el, enfermo desconocido, para razonar en voz alta, transmitiendo así nuestros conocimientos y experiencias; planteando nuestras dudas y certidumbres, orientando el problema clínico, realizando un plan adaptado y realista de estudio, encaminado al diagnóstico seguro. No nos olvidamos nunca que el estudio clínico sistemático, delicado y meditado, yendo en etapas progresivas del síntoma al síndrome y a la enfermedad puede y debe muchas veces concluir en un diagnóstico seguro y exacto. Pero la vieja clínica de nuestros grandes maestros se ha enriquecido del enorme y fundamental aporte de los conocimientos surgidos de técnicas complementarias. Es imprescindible conocer bien aquellas que*

⁹ Resulta curioso que haya realizado el concurso de Disector o Ayudante de Clase de Anatomía Normal, siendo que luego de dedicó en el resto de su carrera a la Clínica Médica. En el ambiente era lo más corriente que alguien que se orientaba tempranamente a la cirugía o alguna especialidad quirúrgica, iniciara su formación en Anatomía. Es posible que, según comentaban algunos amigos, haya pensado en una primera instancia hasta cierta altura de sus estudios de pre-grado, realizar Cirugía, variando luego de parecer. Lo mismo habían hecho con anterioridad Fernando Herrera Ramos y Alfredo Navarro (h.), que se dedicaron posteriormente, uno a Clínica Médica, y otro a Clínica Endocrinológica.

servirán para aclarar y/o fundamentar sólida y definitivamente el diagnóstico.

- b) El segundo tipo de enfermos que presentamos en nuestras clases es el paciente conocido, ya estudiado, que permite objetivizar los grandes síndromes y enfermedades de la clínica. Siempre tratamos de prescindir de esquemas y adoptamos integralmente a la realidad enfrentada. No podemos olvidarnos del plan terapéutico y por eso nuestras clases terminan generalmente con referencias concretas al mismo y a veces se han dictado teniendo por centro esa misma preocupación.”*

Esta autopresentación sería una síntesis mínima de cuanto hizo, pero marca las líneas maestras de su preocupación como médico y docente.

III

En su actuación médico social, el propio Morquio seleccionó cinco ítems que le parecieron pertinentes a destacar:

Secretario general, Tesorero, integrante de Comisiones varias, en la Asociación de los Estudiantes de Medicina.

Presidente e integrante de Comisiones en el Sindicato Médico del Uruguay. Consejero, delegado estudiantil, integrante de la Comisión del Hospital de Clínicas del año 1950, integrante de Comisiones del Claustro (1964) en la Facultad de Medicina.

Miembro del VIII Congreso Médico Social Panamericano, de marzo 1964, Montevideo.

Labor asistencial y médico – social en el Dispensario Cerro de la Fundación Procardias.

IV

En el Ministerio de Salud Pública su labor asistencial se cumplió en los siguientes cargos: Practicante Externo, permaneciendo seis meses en el Servicio de Cirugía del Profesor Horacio García Lagos y seis meses en el Servicio de Medicina del Prof. Montes Pareja y luego interinamente del Prof. Plá. Como Practicante Interno realizó un semestre en la Clínica Médica del Prof. Plá; 3 semestres en la Clínica Quirúrgica del Prof.

Larghero Ibarz; 1 semestre en Ginecología Prof. Pou Orfila, y 1 semestre en Gineco-tocología Prof. Manuel Rodríguez López. Fue médico colaborador honorario del Servicio del Prof. Plá en 1955, y como médico colaborador de la Clínica Médica libre del mismo Profesor Plá, entre 1960 y 1964. Médico colaborador de la Clínica Médica Libre del Prof. Adjunto Víctor Soriano en el Hospital Maciel, en 1966. Destacó entre sus méritos el de Encargado de la Policlínica Cardiológico del Dispensario del Cerro, cargo honorario desempeñado a encargo y bajo la dirección de la Fundación Procardias que dirigía el Dr. Roberto Velazco Lombardini, de quien dice: *“nos honró con su confianza encargándonos de la instalación de este servicio.”* Comenzó las tareas el 2 de enero de 1959 y terminó el 1º de agosto de 1962. También cumplió tareas asistenciales honorarias en el Departamento de Cardiología del Hospital Italiano “Umberto Primo” dirigido por el Prof. José Luis Roglia, en el estudio clínico, electrocardiográfico, control operatorio y postoperatorio de los pacientes.

V

Sus trabajos científicos, para 1967, época en que elaboró su carpeta de méritos para la aspiración a la Cátedra de Clínica Médica, tenía publicados una Tesis y diecinueve trabajos publicados en revistas, generalmente vernáculas. Sin duda luego de esa fecha continuó realizando producción, caracterizada por su escasez y alta calidad. Al seleccionar sus cinco mejores trabajos, a esa época destacó los siguientes:

- *“Cuadros abdominales agudos de origen vascular”*. A. Morquio. Trabajo de 4º año de Adscripción. Fue originado en observaciones provenientes de nuestra actuación en Servicios de Guardia. Tiene considerable y variado material propio. Es un trabajo de conjunto sobre un tema apasionante, del cual existen pocas publicaciones en el país.
- *“Hipertensión tronco-arterio-renal”* Hipertensión de Goldblatt, 1963. Tesis de agregación. A. Morquio. Trabajo realizado con material absolutamente propio, lo que forzosamente limitó el número de casos. Fue en el tema uno de los primeros publicados en el país; actualmente, nuestra experiencia ha aumentado considerablemente. Existen nuevas técnicas de estudio para estos pacientes. Pero el criterio clínico allí expuesto lo mantenemos en su casi totalidad.
- *“Aneurisma disecante de la aorta”*. 1953. Trabajo surgido de una tesis presentada al Concurso de Bolsa de Viaje de 1950. Fue una puesta al día sobre el tema a propósito de 2 observaciones

personales. Se trata del 1er. trabajo amplio sobre el tema en la bibliografía nacional. [Del cual transcribe dos comentarios u opiniones de jerarquía: una de Raúl Piaggio Blanco, otro de Pedro Larghero Ibarz].

- *“Estenosis valvular pulmonar “aislada” con aorta normo-implantada”. 1956. Morquio A., Raúl di Bello. Trabajo surgido a propósito de nuestra actuación en el equipo cardiológico del Prof. Roglia. Se trató de 2 pacientes del Servicio Prof. Plá, estudiados y orientados por nosotros y operados por Roglia. Fueron los 2 primeros casos operados en el país con la técnica de Broca, única posible para la época. Con este motivo se hizo una revisión muy amplia sobre el tema.*
- *“Cirrosis y hepatoma maligno”. 1959. Morquio A., Olarreaga, N., Ríos G., y Bayá A. Se estudió una observación de gran interés clínico y a propósito se hace una revisión extensa del tema. Se trató de una forma “en almendra” excavada por necrosis central. También, en el momento de su publicación, existían pocas fichas bibliográficas nacionales sobre este tema.*

VI

Dos conceptos extraemos de su presentación a la Cátedra, fundamentos de lo que había sido su trabajo permanente y lo que sería el venidero:

Sobre “Investigación”, decía: “Una cátedra forzosamente debe investigar. Sólo así se progresa en el conocimiento médico. Sólo así se sale del empirismo y del colonialismo científico. En una clínica la investigación la orienta el enfermo pero hoy día es absolutamente insuficiente si no se cuenta con los recursos de laboratorios complementarios, que son de jerarquía muchas veces semejante o mismo mayor que lo que puede surgir del simple examen físico. En la investigación debe converger un equipo de técnicos; el profesor será el orientador y canalizador de este trabajo, que se orientará siempre adaptado a la auténtica realidad de nuestro medio. Para investigar se necesitan medios económicos, pero también es imprescindible planificar, formar equipo, recurrir a los diversos Servicios de nuestra Facultad; integrar los mismos en forma permanente a la Clínica. Finalmente coordinar el plan de investigación con las otras clínicas médicas y de disciplinas afines.”

Sobre “Deontología”, decía: “El Profesor debe enseñar con el ejemplo de su trabajo diario, de su vida, en todos los campos de la actividad humana. Existe una deontología médica; ella debe enseñarse no en clases o conferencias magistrales sino con el trabajo y los procedimientos de todos

los días, de todos los instantes. Debe mostrarse con el ejemplo por el respeto máximo al paciente que consulta, al profesional que lo atiende, al enfermero que lo cuida. Debe enseñarse con la práctica, que no excluye la puntualización de errores u otros vicios, de toda la colectividad social que integramos. Sólo procediendo así será posible aspirar a una comprensión mutua, estrecha, entre todos, estudiantes y no estudiantes, miembros todos de un mismo equipos, orientados por un objetivo común."

VII

La conducta del docente en Medicina, la ética y el ejemplo, estaban presentes en todos sus proyectos. Al encarar la docencia para graduados, en su aspiración a la Cátedra y al responder y dar su opinión sobre el nuevo reglamento de la Carrera Docente, decía:

"No podemos terminar este capítulo dedicado a la Docencia sin exponer algunos aspectos de orden general. No podrá olvidarse nunca que el Profesor Director y todos los docentes, cualquiera sea su etapa o grado, enseñan, en grado fundamental, con el ejemplo de su propia actividad y de su vida, dentro de la Sociedad, de la Universidad y de la Facultad de Medicina. El docente debe transmitir conocimientos, pero sus funciones son mucho más vastas y significativas; ayudará a formar e integrar, en los que lo rodean, una personalidad definida, donde lo moral y social estarán junto a lo científico, única forma para que esa personalidad sea auténtica para nuestro concepto actual de Universitario. En lo científico, la meta será lograr que el estudiante, graduado o no, alcance a desarrollar un criterio médico propio, provistos de solidez, practicidad y permanentemente ajustado a la realidad médica y social. El Profesor Director y todos los integrantes del equipo docente regirán sus conductas frente al enfermo, con los estudiantes, con el personal de Enfermería, Administrativo y de Servicio, entre ellos así como en las Interrelaciones con otras Cátedras y Servicios por las normas deontológicas y morales más estrictas."

VIII

Al dar las conclusiones finales en su opinión sobre el nuevo reglamento de la Carrera Docente, establece:

"La Cátedra de Clínica Médica, órgano en esencia docente, deberá para cumplir satisfactoriamente su cometido, realizar tareas asistenciales, de investigación y de extensión universitaria. Todos estos aspectos están

estrechamente vinculados y forman en realidad facetas distintas de una gran unidad. La Cátedra para poder cumplir con la eficiencia reclamada deberá poseer una organización administrativa y técnica correcta, y deberá integrarse, coordinando perfectamente su trabajo, con otras Cátedras y Servicios de la Facultad de Medicina e inclusive de otros sectores de la Universidad.

La actividad deberá planificarse íntegramente; será responsable de ello el Profesor Director y el gobierno de la Cátedra.

La docencia para el estudiante pregraduado y graduado se orientará por principios generales fundamentales, que serán:

Enseñanza práctica, junto al enfermo, de carácter intensivo, y con responsabilidad directa del estudiante.

El eje de la materia a considerar será el enfermo con sus padecimientos; el estudiante intervendrá activa y comprometidamente en el drama que se desarrolla en el ámbito clínico.

Será preocupación básica eliminar la enseñanza enciclopedista, o de carácter teórico, y todo aquello que aleje al estudiante del enfermo.

Nuestro concepto de enseñanza práctica incluye como es lógico, la observación directa, la investigación personal de síntomas y signos, y la lectura de exámenes complementarios, pero se extiende a la interpretación clínica de los mismos y a la integración de grandes síndromes, así como a las consideraciones fisiopatológicas anatómo-patológicas, clínicas, terapéuticas y médico-sociales que como a las etapas del diagnóstico nosológico; todo ello permitirá adquirir conocimientos de carácter integral y fundamental.

La enseñanza deberá realizarse en pequeños grupos, bajo la orientación y control directo y permanente de los docentes.

El objetivo final no será el restringido de transmitir conocimientos sino algo más ambicioso, como ayudar a que el estudiante defina una personalidad con criterio clínico-médico práctico y realista, despertando además vocaciones latentes, inquietudes permanentes; pero esa personalidad será incompleta si solamente se transitan las disciplinas técnicas y se olvida que la Medicina, ya sea preventiva o asistencial, debe considerarse en forma integral, enraizada en la realidad del medio social, económico y cultural que vivimos. Finalmente el Profesor Director deberá tener bien presente la necesidad de crear en la Cátedra el clima espiritual y moral y cultural, que permita el juego más amplio de las interrelaciones entre docentes, personal de Enfermería, Administrativo, de Servicio, Estudiantes y enfermos. El cultivo del respeto permanente, de las normas deontológicas más estrictas, de la comprensión y ayuda mutua serán las

bases fundamentales para la construcción de un auténtico equipo de trabajo docente. Directrices semejantes guiarán las interrelaciones con otras Cátedras y Servicios.

El personal docente, y muy especialmente el de carácter terminal, tendrá presente en todo instante que la enseñanza impartida desde la Cátedra sólo adquirirá su más alto valor y su mayor trascendencia en el estudiante, cuando sea respaldada por una conducta social, fuera de la Cátedra pero en la vida misma, en estricto acuerdo con lo sostenido en aquella. Será la única forma de que el docente se eleve al plano del universitario tal como lo concebimos en la actualidad; el ejemplo de su vida será fuente de enseñanzas y sólo así merecerá el respeto máximo y despertará la emulación de extraños.”¹⁰

IX

Cuando ocupó la presidencia del Comité Ejecutivo del SMU, en 1965 – 1966, tuvo la responsabilidad de conducir un largo conflicto por la aprobación del Laudo del Grupo 50, que correspondía al Consejo de Salarios del sector privado de la Salud, tanto en el aspecto médico, como en el del personal asistencial no médico, administrativo y de servicio. Habiendo llegado a un impasse entre el Poder Ejecutivo y los diferentes gremios en pugna por la aprobación del Laudo, buscando una solución, llevó un fin de semana a su casa el texto completo de la normativa. El lunes volvió con el Laudo estudiado con todo detalle, visualizando los puntos a través de los cuales podía encontrarse una solución al conflicto. Fue a entrevistar al Presidente del Consejo Nacional de Gobierno, el Dr. Washington Beltrán, con quien consideró los aspectos de posibles soluciones que había estudiado y allí se puso término al conflicto, al encontrar la luz al final del túnel.

En su práctica profesional, dedicó todo el tiempo necesario para interrogar y examinar a cada paciente, fuese privado, hospitalario o mutual. Era la regla que cada uno le llevaba no menos de una hora, en su consultorio de muchos años de la Avenida Uruguay. Sin embargo, en ocasión de aprobarse el famoso Laudo del Grupo 50 para la Salud, al que contribuyó a encontrarle la solución política, no tuvo más remedio que admitir que un

¹⁰ FACULTAD DE MEDICINA. Sección Consejo. Repartido No. 324/67, Respuesta al Consejo de la Facultad del Prof. Adj. Dr. Atilio Morquio, de fecha 28 de abril de 1967, enviando sus opiniones acerca de: I) Nuevo Reglamento de la Carrera Docente; II) Orientación a imprimir a la Cátedra de Clínica Médica llamada 15 páginas. Páginas 14 y 15.

médico de policlínica atendiera siete pacientes por hora. Con el curso de las décadas, ese tiempo pasó a seis pacientes por hora, excepto para algunos especialistas que tienen asignado un tiempo más amplio, de quince minutos, cuatro pacientes en la hora. Podrá imaginarse el sufrimiento moral que sintió al tener que admitir esa tremenda distancia entre lo que él consideraba una práctica correcta, y la que era producto de las organizaciones que buscaban obtener el máximo de rendimiento a sus instalaciones, en un mercado de trabajo médico de oferta creciente.

Este episodio y un epifenómeno surgido con el gremio no médico de una importante institución de medicina colectivizada, generó tensiones entre los miembros del Comité Ejecutivo y ese núcleo gremial funcionarial. El Dr. Morquio asumió la responsabilidad de presentar una nota para poner solución al diferendo, la que al ser por él presentada al Cuerpo mereció algunas críticas acerbas, lo que le llevó a considerar que había una pérdida de confianza en su actuación y presentar su renuncia el 18 de abril de 1966. Sin embargo, el Cuerpo por unanimidad de sus demás integrantes (Dres. Lauro Cruz Goyenola, Omar Etorena, Rubens Mosera, Héctor Puppo Touriz, Carlos Santos Digiero, Ricardo B. Yannicelli, Carlos A. Gómez Haedo, Euclides Silva Gaudin, Arturo Sánchez Palacios y los Dres. Eugenio Bayardo, Jaime Gofin y Carlos A. Cagno, ratificaron su confianza y la coincidencia con las ideas capitales expresadas en la última nota dirigida a la institución en cuestión, en reunión de la misma fecha, por lo cual la semana siguiente, el 25 de abril, el Dr. Morquio reasumió sus funciones como Presidente del gremio médico.¹¹

X

Durante su Presidencia del SMU, le cupo encabezar la delegación del Sindicato Médico al Congreso del Pueblo, realizado en el Palacio Peñarol, en el cual se gestó el programa de soluciones a la crisis y la unidad sindical de los trabajadores organizados, surgiendo la Convención Nacional de Trabajadores (CNT). Dicho Congreso le confirió al Dr. Morquio la presidencia, en reconocimiento al papel que el gremio médico había tenido en los años previos para solucionar graves conflictos sociales. En ese carácter le correspondió realizar el discurso inaugural del congreso.

¹¹ Notas de fecha 18.4.1966 del Dr. Atilio Morquio y de los mencionados miembros del Comité Ejecutivo. Archivo del SMU. (Documento digitalizado)

XI

Luego de la Intervención de la Universidad el 20 de noviembre de 1974 presenta, al Decano Interventor de la Facultad de Medicina, Profesor Adjunto Gonzalo Fernández, una extensa nota de renuncia a su cargo de Profesor titular de la Clínica Médica 2.

En la misma señala que “integro el cuerpo docente de la Facultad desde 1940. Mediante concursos abiertos de oposición obtuve todos los cargos del Escalafón.”

“Mi dedicación a la docencia fue siempre muy amplia, poniendo en ella pasión, trabajo, todas mis reservas intelectuales y físicas, con sacrificio de tiempo y descanso. Todo esto guiado por un único objetivo: ser más útil a esa digna casa de estudios y al noble pueblo de mi país.”

“Nunca practiqué en mi actividad universitaria (docente, asistencial, de investigación o de orden organizativo) proselitismo político de tipo alguno; nunca realicé discriminación ideológica. Rechazo totalmente ambas cosas.”

“He actuado en diversas entidades estudiantiles, profesionales y docentes en el curso de mi ya larga vida; no he tenido actividad dirigente alguna desde 1970.”

“Mi actividad política ha sido ocasional, pública y notoria, se cumplió al amparo de la Constitución y las Leyes, nunca fui cuestionado por supuesto delito. Nunca he tenido actividad delictiva alguna contra el Estado o sus Instituciones. ”

“Con fecha 7 de octubre de 1974, en cumplimiento de disposiciones legales, firmé una Declaración Jurada de Fe Democrática que decía textualmente *Declaro bajo juramento mi adhesión sin condiciones ni reservas al Sistema Republicano Democrático de Gobierno que la nación ha implantado por su voluntad soberana, establecido por la Constitución de la República, cumpliendo así el mandato de la Ley 14248 y el Estatuto del Funcionario. Declaro que no firmo el formulario repartido por la Universidad por entender que su texto no está de acuerdo con la ley 14248 que declaro conocer.*”

“Mi actitud fue meditada, de acuerdo con mi conciencia y el asesoramiento especializado que entendía y entiende que la segunda parte del formulario presentado por la Universidad excede sin lugar a dudas la norma legal.”

“A consecuencia de tal declaración se me instruyó sumario, se me redujo el sueldo a la mitad y se me prohibió concurrir a la Clínica, es decir al Hospital donde enseñé y asisto pacientes y a los locales universitarios y se

designó sustituto al Profesor Adjunto. Con fecha 12.02.74 se suspenden los sumarios y las medidas, con plazo al día 22 de noviembre de 1974." Más adelante señalaba: "No rehuyo ni esquivo formular todas las aclaraciones necesarias, no me escudo detrás del reconocimiento natural que debería merecer una larga vida, de intensa actividad, vivida a plena luz, que constituye un Derecho Natural del ciudadano en una República Representativa Democrática. Pero no puedo firmar la segunda parte del formulario para luego, en documento aparte, expresar todas las consideraciones aclaratorias necesarias. Sería caer en una falsedad, lo que nunca he practicado."

"Señor Decano: todo me indica que mi actividad docente en la Facultad de Medicina debe terminar. El esfuerzo vital que me exigía el desempeño del cargo podía mantenerlo en el marco de una Facultad con un clima espiritual de relaciones humanas que no es el vigente en el momento actual. En este marco mi esfuerzo sería estéril y por tanto debo renunciar."

"Me alejo así de la docencia de esa Facultad, a la cual contribuí, con mi modesto esfuerzo durante 34 años. Me seguiré considerando un Docente, porque eso es parte de mi vida e irá siempre con ella."

Y finalmente concluía. "Señor Decano: Reitero la solicitud de renuncia al cargo de Profesor Titular de la Clínica Médica de la Facultad de Medicina."

Su renuncia no fue aceptada y debió continuar ejerciendo la docencia en esas condiciones dos años más hasta la fecha del vencimiento de su cargo. El 3 de marzo de 1976 en otra nota dirigida al Decano Interventor señaló: "Cumpló en informar a Ud., dentro del plazo reglamentario, de mi decisión de no solicitar la re-elección para el cargo de Profesor Titular de la Clínica Médica 2."

"Hemos meditado largamente. Hemos considerado minuciosamente los diversos aspectos docentes, asistenciales, de investigación clínica, administrativos y de interrelaciones humanas. Hemos llegado a la conclusión que todos estos aspectos no me ofrecen incentivos poderosos para inclinarme a continuar en el cargo." ¹²

¹² Aportes realizados por su hijo Ing. Atilio Morquio Dovat, en agosto de 2008.

XII

En su actuación como integrante del Consejo Arbitral del Sindicato Médico del Uruguay, en los años 1985 y 1986, le cupo considerar importantes fallos en expedientes que tuvieron que ver con la violación a las normativas éticas respecto de los derechos humanos, y también a los ex interventores del Sindicato Médico durante el período 1975 – 1985.

XIII

Integró la Comisión Nacional de Ética Médica, surgido de la VIIa. Convención Médica Nacional realizada en julio de 1984, que tuvo a su cargo la consideración de las denuncias sobre la conducta ética de los médicos que actuaron durante el régimen de facto, en dependencias policiales o militares. Dicha Comisión que actuó hasta el año 1990, funcionó en la Sede del Colegio de Abogados del Uruguay, y estuvo integrada por abogados y médicos destacados, propuestos por dicho Colegio, por el Sindicato Médico del Uruguay (y antes de su desintervención [verificada el 28 de enero de 1985] por la Comisión Intergremial Médica, que funcionó en los años previos) y la Federación Médica del Interior, tramitando más de cien expedientes.

XIV

Fue durante muchos años médico consultante de la Cooperativa Médica de Florida (COMEF), organización asistencial creada por el Sindicato Médico de Florida, y a ella concurrió puntualmente a dar su ayuda profesional una vez a la semana, para ver con los colegas de aquel Departamento los pacientes más complejos. El sábado 21 de noviembre de 1992 se reunieron en el Parador Municipal de la ciudad de Florida, los médicos locales representados por el Dr. Marcos Schwartzmann, el Presidente de la Federación Médica del Interior Dr. Ítalo Moggi y sus ex alumnos de la Clínica Médica 2, que Morquio había dirigido en el Hospital Pasteur, con una actividad académica, un concierto de órgano en la Catedral Basílica de

Florida, y un reencuentro de ex alumnos. La actividad estuvo organizada por una Comisión Nacional de homenaje, encabezada por los Dres. Omar Etorena, Roberto Avellanal, Daniel Burgueño, Hugo Vaghi, Ana Sánchez y Cono Salomone.

XV

La sencillez y la modestia eran su sello personal, tanto en el medio hospitalario, como en la vida social y gremial. Vestía en la calle, casi a permanencia, un traje gris y nadie advertiría por su atuendo que se trataba de un gran profesor. No importaba para qué circunstancia, siempre utilizaba sus clásicas medias blancas de hilo, que aparecen en alguna foto indiscreta. En el medio hospitalario, siendo médico de guardia del Hospital de Clínicas, o siendo catedrático en el Hospital Pasteur, vestía siempre un equipo blanco, cubierto por una túnica de igual color, y cuando el clima era frío un pullover verde. Impecable en su presentación, pero austero en sus detalles. Su andar tranquilo y pausado, eran una traducción corporal de su falta de prisa para atender también tanto los problemas de la vida como los de la profesión. Su voz atiplada era característica, siempre acompañada de un cierto tono irónico casi socarrón. Tenía una expresión característica, entre otras muchas, cuando quería afirmar un concepto, en la clínica o en el gremio, remarcando: "...Y no le quepe la menor duda, doctor"..., empleando el "quepe" en lugar del "quepa" correspondiente, pero de eso no hacía caudal ni lo corrigió nunca. Tocaba el violín para su disfrute personal, y como forma de templar su espíritu. Hacía viajes varias veces a la semana en bicicleta, desde su casa de Avenida Legrand y Avenida Italia hasta Solymar, ida y vuelta, para poner en práctica lo que le aconsejaba a sus pacientes, al contrario de lo que ocurre con la generalidad de los colegas, que practican una vida sedentaria.

No fue afecto a los viajes por motivos profesionales, y registra muy pocas visitas, tal vez a alguna clínica en Buenos Aires, para realizar actividades académicas. Tampoco buscó reconocimientos del exterior, siendo tan solo Miembro Asociado del American College of Chest Physicians, según hizo constar en su relación de méritos ya mencionada.

XVI

Pablo V. Carlevaro, Decano de la Facultad de Medicina, haciendo un homenaje en el Consejo Directivo Central de la Universidad de la República, al día siguiente de su fallecimiento, haría un retrato hablado de la vida de Morquio, con breves y sabias pinceladas:¹³

“Señor Rector: en el día de ayer falleció repentinamente el Dr. Atilio Morquio, Consejero de la Facultad en representación del Orden Estudiantil, Profesor distinguidísimo de Clínica Médica, actualmente integrante de la Comisión de Ética Médica y Conducta Universitaria de nuestra Facultad e integrante de la Asamblea General del Claustro de la Universidad. Voy a decir algunas palabras a modo de síntesis.

Fue un universitario de una dedicación a la Universidad y a la sociedad que constituye realmente, como decía el Rector, un ejemplo.

Morquio perteneció a una familia distinguida – como decíamos nosotros hoy – por la fuerza del talento y por la generosidad de las acciones. Aunque no lo decía, era sobrino del gran Maestro de la Pediatría uruguaya y latinoamericana, don Luis Morquio. Nació en un hogar culto, y a pesar de su dedicación dominante a la Medicina mantuvo su inquietud humanística durante toda la vida. Era aficionado al violín, el cual cultivaba todavía ahora.

Fue un estudiante excepcional, quizás el más joven de su generación. Cuando sólo tenía veintiún años fue – por concurso de oposición – disector, es decir, ayudante de Anatomía, lo cual en esa época era muy difícil de alcanzar a edad tan temprana porque el disectorado se hacía cuando los estudiantes estaban próximos a la graduación o al ingreso al concurso de practicantes internos.

A partir de ese momento fue docente durante treinta y seis años y en esa carrera, que después orientó a la Clínica Médica, fue Jefe de Clínica, Asistente, Profesor Agregado y, por fin, Profesor Titular en 1969, cuando tenía cincuenta años. En la Facultad de Medicina los docentes llegan un poco tarde, en edad, a la titularidad en el profesorado.

Inició, pues, su actuación en la docencia clínica como Jefe de Clínica Médica en la Clínica del Profesor Plá – en el Hospital Pasteur – en el año 1951.

¹³ UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA. Consejo Directivo Central. Acta del 12 de febrero de 1990.

Quería hacer breves señalamientos sobre algunos rasgos del estilo docente de Morquio.

Como diría nuestro viejo y querido amigo, el Profesor Clemente Estable Puig – que fuera su alumno en la Clínica de Plá --, Morquio se echaba literalmente encima del paciente, en circunstancias de proceder a su examen físico, y lo hacía a la manera semiológica propia de los cirujanos, que había adquirido en su pasaje – como practicante interno – por las clínicas quirúrgicas y, muy particularmente, por la de Larghero.

Se caracterizó por la solidez de su formación clínica y la erudición increíble y sin alardes de su conocimiento.

Como antes decíamos, se destacaba por lo exhaustivo de su forma de examinar integralmente al paciente e, igualmente, por la propiedad de su raciocinio, que era la base de su agudeza diagnóstica.

Sus clases eran de “tiro largo” – para usar un giro propio de una de sus grandes pasiones --, pues no tenían tiempo; nunca era suficiente el tiempo para tanta cosa que el paciente convocaba en su cabeza, para tanto conocimiento a transmitir.

Fue retirado de la docencia por la intervención, y lo fue por un interventor que conocía muy bien de sus condiciones excepcionales de clínico y de profesor. Fue retirado, conscientemente, víctima de lo que nosotros llamamos los sufridos honores de la destitución, que ofreció la dictadura a los miembros más destacados del demos universitario.

Venezuela tuvo la suerte generosa de recibirlo y en Coro tuvo oportunidad de enseñar la Clínica como seguramente nunca se había enseñado en ese lugar con anterioridad.

Recuperada la autonomía, la Facultad de Medicina lo nombró – junto con una pléyade de docentes distinguidos y también postergados – Profesor Emérito, en diciembre de 1985. Profesor Emérito quiere significar, según su etimología, profesor por méritos, y ¡quién con más méritos que Morquio para que el título le fuera adjudicado!

El año pasado fue nombrado, por unanimidad, miembro de la Comisión de Ética Médica y Conducta Universitaria, en la cual actuaba hasta el presente.

La perspectiva de la vida de Morquio, con la sola enunciación de su carrera académica, por más brillante que haya sido ésta, no está completa.

Desde joven fue miembro de la Asociación de los Estudiantes de Medicina, en la que ocupó diversos cargos directivos. Culminó su actuación cuando fue nominado, en 1950 y desde entonces hasta 1953, delegado estudiantil, estando recién recibido.

Ejerció el cargo en un Consejo que era presidido por el Decano Dr. Mario Cassinoni, figura ilustre de esta Universidad, posteriormente Rector. Lo acompañaba en la delegación el Dr. Elio García Austt (hijo), otro investigador y docente notable de nuestra Facultad. Eran delegados estudiantiles "indirectos". En aquella época – los Consejeros lo saben – las leyes que regían la constitución de los Consejos eran simultáneamente diferentes en los distintos órganos de la Universidad. En el Consejo de la Facultad de Medicina la representación era indirecta, no obstante lo cual se actuaba bajo el mandato imperativo y, naturalmente, el Consejero era un compañero más.

En esas circunstancias, siendo nosotros Secretario General de la Asociación de los Estudiantes de Medicina, fue que lo conocimos.

Yo quiero destacar de esta actuación apenas algo, en medio de tantísimas cosas que Morquio hizo con una dedicación ejemplar. Voy a mencionar su participación en la primera Comisión que constituyó el Consejo de la Facultad, una vez que la Ley le otorgara el Hospital de Clínicas Dr. Manuel Quintela a la Universidad, con el cometido de preparar su habilitación. En esa Comisión, en la cual estaban, entre otros, los ilustres Profesores García Otero y del Campo, el Dr. Manuel Ambrosoni y el propio Decano Cassinoni, Morquio era el delegado estudiantil. Allí cumplió una tarea realmente fundamental para el futuro del Hospital. Es decir, fue el líder de la centralización organizativa del Hospital de Clínicas, en circunstancias en que el Ministerio de Salud Pública – que había pretendido apropiárselo – tenía preparado no un hospital, sino un conjunto de hospitales superpuestos en cada piso, con servicios especializados multiplicados por cada lugar, con dispendio de recursos y con un sentido feudal y anacrónico en lo organizativo. Los estudiantes defendieron – con el aporte de Morquio y, con él, de toda la Asociación – principios de administración hospitalaria que eran en cierto modo inaugurados en nuestro medio, pues hasta entonces eran desconocidos.

Para hacer esto, Morquio se hacía traducir el tratado de Organización y Administración de Hospitales de Mac Eachern, que yacía virgen en la Biblioteca de la Facultad de Medicina. Eso pintaba de cuerpo entero su espíritu científico y su temperamento de hombre de estudio, que no concebía otra manera de actuar que aquella que tenía idoneidad.

Fue después, también – en el orden gremial – Presidente del Sindicato Médico del Uruguay e integrante de la Comisión Nacional de Ética Médica constituida por la VIIa. Convención Médica Nacional.

De la vida profesional yo sólo diré que habiendo sido un consultante de primera fila, como internista, Atilio Morquio no ganó más dinero que el que necesitó para vivir modestamente.

Fue y siguió siendo toda la vida un estudiante. Estudió hasta el último día que vivió. Un estudiante erudito, sabio, para decirlo sin exageración, en términos de estricta objetividad. Porque en cualquier orden de temas que le interesaron y abordó, yo creo que nunca nadie pudo saber más que él.

Fue un hombre noble, porque este fue el rango dominante de su carácter. Fue un hombre justo, porque se guió siempre por principios y fue estrictamente fiel a los valores que adoptó en la vida.

Y fue, como decíamos nosotros hoy – al despedir su cuerpo – un hombre bueno, esencialmente bueno, con una bondad áspera, que se manifestaba así por su carácter.

Hoy despedimos su cuerpo y nos duele profundamente. Pero dijimos y sentimos que sólo los restos mortales de Morquio se iban de la Facultad y de la Universidad, porque tanto en la Facultad, como en la Universidad y en todos los hospitales que fueron, también, su casa, en todos nuestros hospitales públicos, quedarán – para siempre – su sabiduría, su nobleza, su estricta justicia y su bondad esencial.”

XVII

Con motivo de su fallecimiento la Cámara de Representantes realizó una sesión de homenaje con fecha 6 de marzo de 1990,¹⁴ donde se recogen las expresiones de varios legisladores. He aquí las expresiones vertidas: (Se inicia la sesión bajo la presidencia del Dr. Martín Sturla).

Dr. MARCOS CARÁMBULA: “Entendemos las razones de orden reglamentario que esgrime el señor Presidente, pero, al mismo tiempo, legisladores de todos los sectores políticos, de profesión médica, considerábamos que no podíamos quedar en silencio y que, además, la Cámara cumple su papel, al margen de su función legislativa, cuando homenajea a figuras de extraordinario valor para la República.

Recientemente ha fallecido el profesor Emérito de la Facultad de Medicina Atilio Morquio. Pensamos que es nuestro deber como médicos homenajear a esta figura que trasciende el plano de la medicina para convertirse en un ejemplo de vida universitaria y como uruguayo.

¹⁴ Cámara de Representantes de la R. O. del Uruguay. Sesión del 6 de marzo de 1990. Diario de Sesiones No. 2094, pág. 142 y siguientes.

Vamos a ser breves ya que en el día de hoy la Cámara tiene mucho trabajo. Pero no seríamos justos si no nos refiriéramos a lo sustancial de la personalidad del doctor Morquio.

Recientemente, en forma brusca el profesor Morquio fallece en su ley – como alguien decía bien el día de su sepelio – a la salida del Hipódromo de Maroñas.

Su muerte es una pérdida importantísima para la medicina nacional, así como lo fue antes cuando debió irse del país, cesado por la dictadura. Fue un ejemplo de universitario, de médico clínico, de docente y de gremialista profundamente compenetrado con las necesidades de su pueblo.

En 1985, cuando retorna al país, la Facultad de Medicina le otorga el título de profesor Emérito, no por una gracia sino porque el profesor Morquio se lo ganó en una carrera docente de casi cuarenta años, ascendiendo, escalón por escalón, desde su primer concurso de ayudante de clase en 1940, hasta que en 1969 fue designado profesor titular de Clínica Médica, a los cincuenta años de edad, título que lo distinguió como maestro de la medicina nacional.

A pesar de esa carrera y aunque era sobrino de otro maestro de la Medicina – del doctor Luis Morquio, fundador de la Pediatría uruguaya – siempre actuó con modestia y sobriedad. Generoso, hasta el fin en la docencia, fue exigente con sus alumnos.

Vamos a destacar dos aspectos de su actividad en la medicina nacional: el papel decisivo que le cupo en la creación y organización del Hospital de Clínicas -- conquista universitaria del año 1950 – con un enfoque moderno para la época. Junto a ilustres compañeros, los doctores García Otero, Ambrosoni y del Campo conformaron ese Hospital que fue y es orgullo de la Medicina nacional.

El segundo aspecto que queremos destacar es que habiendo sido consultante, primer punto de referencia permanente de todos los médicos del país, apenas hizo el dinero suficiente para vivir modestamente. Fue y seguirá siendo toda su vida un estudiante y para todos nosotros un punto de referencia.

Estuvimos en su clínica como estudiantes y como profesionales recién egresados y fue para nosotros un honor cuando, pocos días antes de su muerte, el profesor Morquio nos envió un paciente para que lo estudiáramos desde la óptica de nuestra especialidad. Y así actuó con cada uno de los médicos.

Pero no sólo fue maestro de la Medicina nacional. Fue pilar fundamental del Sindicato Médico del Uruguay, y como tal le otorgó en 1989 la

distinción sindical concedida a sus más grandes personalidades a lo largo de su historia.

Fue integrante de Comisiones, Presidente de esa institución y en los últimos tiempos de la Comisión Nacional de Ética Médica sin duda debido a su calidad de ser punto permanente de referencia y a una ética personal insuperable. Con la desaparición del profesor Morquio volvemos a plantearnos un desafío: la colegiación y la ética médica.

Junto a su tarea en la Facultad y a su tarea gremial, debemos destacar su permanente preocupación por el conjunto de los problemas del pueblo uruguayo y dos hitos en su trayectoria: cuando se realiza el Congreso del Pueblo en 1965 preside el Sindicato Médico del Uruguay e inaugura esta instancia que sin duda marca un mojón en la historia popular uruguaya; y en los últimos días de su vida integra la Comisión uruguaya por la Paz y el Desarme.

Señalamos un último rasgo. Destituido por la dictadura y por médicos que conocían su capacidad y su alta valoración científica, no abjuró jamás de su dignidad. En el exilio fue profesor y dio cátedra en Venezuela; al regreso – y conservamos la carta que enviara -, se pone de inmediato a la orden del gremio médico que en ese momento luchaba por reconquistar el Sindicato y por realizar la VII Convención Médica.

Señor Presidente: al decir de nuestro Decano el profesor Pablo Carlevaro, por su sabiduría por su nobleza, por su estricta justicia y bondad esenciales, el profesor Morquio va a estar vivo en cada hospital, en cada guardia, en cada sala de la Facultad y en cada instancia de su querido gremio, el Sindicato Médico del Uruguay.

Finalmente, decimos que es un ejemplo de universitario sobrio, sapiente, estudioso, de docente generoso y exigente, de gremialista comprometido con su pueblo, profundamente humano, capaz del más certero y elaborado diagnóstico clínico, producto del conocimiento y del estudio, así como podía, recordar uno a uno, los ganadores de los clásicos de Maroñas o de Las Piedras. A ello se unía su condición de músico, violinista, aún en las últimas horas y, degustador de la cultura y del conocimiento del hombre. En definitiva, es de esos universitarios y de esos hombres que son orgullo de la Medicina y que, como otros profesionales, nos hacen sentir cada vez más profundamente uruguayos y más confiados en el futuro de nuestra patria.

Muchas gracias.

Dr. TABARÉ CAPUTI : Señor Presidente : tuvimos el privilegio y la satisfacción de conocer al profesor Atilio Morquio y de compartir, muy modestamente, instancias de su actividad profesional, docente y gremial.

Las desarrollaba con una dedicación, un brillo y una intensidad singulares, apoyado por una inteligencia muy especial, aspectos que caracterizan a un hombre que merece el más amplio reconocimiento y homenaje de nuestra comunidad.

Decíamos que tuvimos el privilegio y la satisfacción de compartir actividades con él que siempre fueron instancias de aprendizaje, porque Atilio Morquio era un docente nato, un docente en el más auténtico sentido de la expresión, de los que no se agotan con la clase magistral, sino que permanentemente van sembrando conocimientos con vocación, con especial capacidad de comunicación, brindando generosamente su tiempo, paciencia y sabiduría.

Era un erudito, pero siempre un estudioso. Un clínico de singular capacidad, observador y comunicador sagaz. Las cartas con que respondía a las consultas de sus colegas eran, aunque siempre modestas y sencillas, documentos científicos irrefutables y constituían un aporte inestimable de conocimientos para el profesional que lo consultaba.

Su carrera docente fue un ejemplo de realización intelectual, ética y moral. Como decía muy bien el señor Diputado Marcos Carámbula, recorrió todos los cargos del escalafón docente de la Facultad de Medicina, llegando a ellos a través del concurso o del llamado a aspirantes. Alcanzó el cargo de profesor titular de Clínica Médica, del cual fue desplazado por la dictadura, como muchos otros distinguidos docentes del país, y a su retorno fue honrosa y dignamente designado como Profesor Emérito de la Universidad de la República. La docencia y el ejercicio de la Medicina eran para Morquio absolutamente inseparables, pero él también estaba íntimamente ligado, incrustado, en el tiempo y en la sociedad en que vivía. Así, su actividad gremial y su preocupación por los problemas de su pueblo merecieron su dedicación, impregnada de su inteligencia, de su sensibilidad y humanismo.

Al tiempo que vivió intensamente la medicina y la docencia como arte y como ciencia, vibró con los problemas de su sociedad y su participación en la Asociación de los Estudiantes de Medicina, en el Sindicato Médico – donde llegó a ocupar las más altas jerarquías sindicales – y en las Convenciones Médicas Nacionales fue siempre activa, ágil e incisiva. Muchas veces coincidimos con sus planteos en los órdenes gremial, social y político y también discrepamos otras tantas, pero siempre respetamos su versación, su lealtad, su sinceridad a veces con rudeza – pues ésa fue su característica – pero su espíritu constructivo hacía que su posición no sólo fuese respetable sino particularmente destacable.

Cuando la VII Convención Médica Nacional, realizada en un momento muy especial para la vida del país, a mediados de 1984, resolvió crear una Comisión Nacional de Ética Médica para entender en las denuncias sobre violación de derechos humanos, que involucraban a muchos médicos, el nombre del doctor Atilio Morquio, junto al de muchos otros distinguidos profesionales, resultó indiscutible e imprescindible y fue votado de manera unánime para integrar esa Comisión, que realizó una encomiable tarea.

Morquio honró a la profesión médica por su dedicación y su interpretación cabal del rol del médico en la sociedad. Morquio honró a la Universidad de la República porque fue un distinguido intérprete de lo que ésta, nuestra Universidad, procura formar: hombres en el auténtico sentido del vocablo, con conocimientos en un área específica pero con sensibilidad y humanismo, integrados a su pueblo y palpitando junto a él. Pero, sobre todo, Morquio honra al país por su trascendente presencia y su aporte en los ámbitos científico, docente, gremial y social.

Que estas modestas e insuficientes palabras traduzcan el reconocimiento, el respeto y el homenaje de nuestra bancada a esa excepcional figura de la Medicina uruguaya.

Lleguen a sus familiares las expresiones de nuestra solidaridad.

Dr. JORGE CHÁPPER: Nosotros compartimos en un todo las expresiones de los compañeros que han participado en este homenaje. Humildemente, debemos manifestar que quienes fuimos discípulos del Profesor Emérito de la Facultad de Medicina Atilio Morquio, "Pancho" – como muchos le decían --, especialmente quienes vivimos y trabajamos en el interior, siempre vamos a recordar a este tipo de maestros de la medicina que nos enseñaron junto a la cama del enfermo. Integró aquel grupo de grandes médicos que siempre nos decían que no existen enfermedades sino enfermos, enseñanza que hoy, en nuestra práctica diaria junto al enfermo, hemos comprendido.

Siempre recordaremos que este querido maestro fue una de las columnas del templo de la Medicina uruguaya.

Nosotros, desde este humilde lugar, adherimos a las palabras que han sido vertidas en Sala; y a la familia ya todos los amigos del doctor Morquio les decimos que en nuestro espíritu y en nuestro corazón siempre tendremos un lugar para estos queridos maestros que han hecho un surco por el que todos queremos transitar algún día.

Dr. OSCAR LENZI: Señor Presidente: queremos rendir nuestro emocionado homenaje a la memoria del doctor Atilio Morquio, recientemente fallecido,

que fue una figura destacadísima de la Medicina nacional en todos los lugares donde actuó.

Conocimos al doctor Morquio en la época en que era un brillante estudiante. Siempre recordamos un concurso de oposición para el cargo de Disector de Anatomía, que ganó en forma magistral cuando sólo tenía veintiún años. En su carrera todo lo consiguió mediante concursos de oposición. También fue Practicante Externo, Practicante Interno, Jefe de Clínica Médica, Asistente, Profesor Agregado y por fin, en el año 1969, cuando tenía cincuenta años, Profesor Titular. Fue docente durante treinta y seis años.

Era sobrino del gran Maestro de la Pediatría uruguaya y latinoamericana don Luis Morquio, aunque no le agradara decirlo. Todo lo alcanzó por la fuerza de su talento.

Médico de despierta inteligencia y extraordinaria bondad, tenía la grandeza y la dicha de un alma francamente bohemía. Fue un hombre generoso, bueno y humilde, con una constante inquietud humanitaria durante toda su vida.

Con su suerte, la democracia pierde a un gran luchador, a un ciudadano con el que contó siempre en primera fila.

Fue discípulo muy destacado de hombres brillantes, como el profesor Larghero y el profesor Plá. Se caracterizó por la solidez de su formación clínica y una erudición increíble, sin alardear de sus conocimientos.

Fue retirado de la Facultad por la Intervención a pesar de sus condiciones excepcionales como clínico y profesor. Durante el gobierno de facto vivió fuera del país. Venezuela lo recibió y allí tuvo la oportunidad de enseñar Clínica Médica, haciéndolo en forma brillante. Al restablecerse la democracia, vuelve a su querido Uruguay y comienza a trabajar con el amor y dedicación de siempre.

La Facultad de Medicina lo nombró Profesor Emérito en diciembre de 1985 y el año pasado fue nombrado miembro de la Comisión de Ética Médica y Conducta Universitaria.

La muerte del profesor Morquio es, sin lugar a dudas, un motivo de rebeldía para quienes tuvimos la dicha de conocerlo. Fue un gran universitario; desde muy joven fue miembro de la Asociación de Estudiantes de Medicina, culminando como delegado estudiantil, cuando se recibió. Ejerció ese cargo junto con el doctor Elio García Austt, en un Consejo presidido por el doctor Mario Cassinoni, que fue figura ilustre de la Universidad. Su actuación fue excelente y su dedicación ejemplar. Debemos destacar – como lo hizo el señor Diputado Carámbula – su participación cuando se le entregó el Hospital de Clínicas “Doctor Manuel

Quintela" a la Universidad. Cuando éste estaba siendo preparado para su habilitación, Morquio fue líder de su organización.

En el orden gremial, Morquio fue Presidente del Sindicato Médico del Uruguay. Fue médico consultante de primera fila, pero no hizo ni buscó dinero ni fortuna, sino que vivió modestamente durante toda su vida. Fue como son los sabios, noble y justo, siempre estudiando hasta el día de su muerte.

Señor Presidente: solicito que la versión taquigráfica de mis palabras así como las demás pronunciadas en Sala, se pase a los familiares del doctor Morquio, con la expresión de mis más sentidas condolencias, así como también a la multitud de amigos que tenía.

SEÑOR PRESIDENTE (Dr. Mario Cantón): La Mesa adhiere a los conceptos emitidos en Sala en homenaje a la memoria de quien fuera un distinguido galeno y figura de la medicina nacional: el doctor Atilio Morquio.

Léase una acción que ha llegado a la Mesa, presentada por los señores Diputados Marcos Carámbula, Caputi y Chapper.

(Se lee):

"Mocionamos para que la Cámara se ponga de pie, guarde un minuto de silencio y curse la versión taquigráfica de las palabras vertidas en Sala, así como la correspondiente grabación, a su familia, al Sindicato Médico del Uruguay, a la Facultad de Medicina y a la Asociación de los Estudiantes de Medicina".

Se va a votar.

(Se vota)

Sesenta y seis en sesenta y seis: Afirmativa. Unanimidad.

La Mesa invita a la Sala y a la Barra a ponerse de pie.

(Así se procede).

XVIII

RECUERDOS DEL DR. IGNACIO MIGUEL MUSÉ ¹⁵

Tengo la fortuna de visualizar la figura de Morquio desde tiempos vitales y profesionales muy distantes, lo que me permite aquilatar la verdadera dimensión de su figura.

¹⁵ MUSÉ; Ignacio Miguel: Inició su carrera docente de Clínica Médica en la Clínica Médica "2" bajo la dirección del Prof. Dr. Atilio E. Morquio Yéregui. Ex Profesor de Oncología Médica de la Facultad de Medicina.

Yo asistí al nombramiento del Prof. Morquio en la Clínica 2 del Hospital Pasteur, tenía entonces treinta años, terminaba el Internado en el Servicio del Prof. Migliaro y preparaba el examen final de mi carrera. Fui entonces testigo presencial de sus comentarios cuando se enteró, a través de un “consejero amigo”, de su designación al frente de la Clínica Médica. Me sorprendió, por las pocas palabras, alguna referencia jocosa y a trabajar. Ello podría resumir aquel momento.

Lo encontré acompañado de sus colaboradores y amigos, referentes inseparables del desempeño de Morquio, entre otros, los doctores Ezequiel Núñez, Maria del Lujan Jáuregui, Roberto Avellanal y Omar Etorena.

Como anécdota, recuerdo que poco después de su nombramiento Morquio tuvo un importante accidente de tráfico, en la rambla costanera a la altura de la Aduana de Oribe, que lo obligó a estar internado en el Sanatorio 2 del CASMU, con Etorena como médico de cabecera. Cuando, junto con otros colegas jóvenes, lo visitamos en su casa de la calle Legrand, nos complacíamos en escuchar el relato del episodio que, con su hablar característico, ubicaba y reiteraba en la “rampla”. Rodeado de revistas las médicas, nos trasmitía su particular predilección por las Actas Médicas Escandinavas y el JAMA, deslumbrándonos con sus conocimientos de cine y sus habilidades con el violín.

Reintegrado al Hospital Pasteur, la Clínica debió trasladarse al Hospital Maciel a fines de la década del 60, dado que el viejo Hospital fue clausurado por una grave epidemia de tifoidea, consecuencia de la contaminación fecal del agua potable.

Por entonces, año 1970, me correspondió preparar el concurso de Jefe de Clínica, junto con los doctores Ramón Rostom y Aníbal Paz. Debo decir que no era fácil conseguir docentes que nos tomaran las pruebas pues Morquio, enciclopedista acérrimo, entendía que los “encares” eran solo un ensayo de “la guitarra y el despertador”.

Quiso el destino que yo pudiera lograr una plaza en ese concurso y ocupar así el primer cargo titular de Grado II, llamado desde entonces Asistente, del reciente Servicio de Clínica Médica del Prof. Morquio.

Trabajador sistemático e incansable, Morquio iniciaba la visita de sala muy temprano, con los estudiantes, el Jefe de Clínica y el Interno, “sin tiempo y

sin apuro”, enseñando en la práctica diaria la riqueza del análisis clínico, sistemático y organizado, metodológicamente riguroso y conducente a la elaboración de la hipótesis clínica. Entonces, haciendo una clara inflexión en el desarrollo, destacaba nítidamente cuales eran los hechos y donde comenzaba la hipótesis, la que se debía ser probada o descartada mediante los exámenes paraclínicos correspondientes. Analizaba cada caso con la sagacidad de un sabueso, personalizando la estrategia y el enfoque buscando, obsesivamente, la demostración de cada hipótesis. Insistía permanentemente en la correlación anátomo-clínica, promoviendo la documentación de los hechos y tratando de establecer, cuando era posible, la prueba histológica o citológica.

Se valía del Dr. Ezequiel Núñez, discípulo del Dr. Pedro Paseyro, para los estudios citológicos obtenidos mediante punción con aguja fina y extendidos teñidos con técnica de Papanicolau modificada. Disponía de la habilidad del Dr. Rúben Agrello para tomar muestras biópsicas con aguja de todo tejido accesible.

Retrospectivamente se puede afirmar que con su particular estilo de practicar la Clínica, Morquio construyó el verdadero paradigma de la Clínica Basada en la Evidencia, precediendo en largos años a la hoy Medicina Basada en la Evidencia. Sólo esto bastaría para destacar la relevante contribución de Morquio a la medicina moderna, pero si ello fuera poco, se debe destacar que enseñó formando un todo, uniendo lo moral con los social y lo científico.

Duramente honesto, entendía e insistía que era imposible desarrollar la investigación clínica sin una correcta asistencia, historias adecuadas, documentación y seguimiento evolutivo, conteniendo las ansias juveniles de publicación de casos aislados o series anecdóticas.

En 1971 recibí el apoyo incondicional de Morquio para hacer una beca en Francia, en el Servicio del Prof. Mathé, desde donde inicié mi carrera en la Oncología.

Hombre comprometido con su tiempo, con claras convicciones sociopolíticas, nunca le oímos un solo comentario de perfil político partidario, actitud compatible con su concepción universitaria cimentada en el respeto a todas las creencias y corrientes de opinión. Su vida fue un ejemplo de coherencia absoluta entre su discurso al enseñar, el ejercicio profesional y sus principios y valores morales.

Ya impedido de entrar a los locales docentes por las autoridades interventoras de la Facultad de Medicina nos aconsejó, a los entonces jóvenes docentes, continuar en los cargos sin abandonar los espacios universitarios, mientras se pudieran desempeñar dignamente las tareas. La renuncia masiva de lo gran mayoría de los docentes de la Facultad de Medicina en apoyo a aquellos Maestros perseguidos por sus ideas, fue lo único que se llevó Morquio cuando partió a su exilio en Venezuela.

Debo confesar que entonces, con todo el deslumbramiento que a los treinta años se puede tener frente a una figura de ese porte, su personalidad dura e hipercrítica, haciendo ásperas las relaciones y reprimiendo los afectos no me permitió reconocer, más allá del Profesor, al Maestro que era Morquio. Como le comentara alguna vez al Decano Pablo Carlevaro: "al Pancho era muy difícil decirle que se le quería".

En 1985, con el regreso de las autoridades legítimas de la Facultad de Medicina, tuve el honor de integrar el Consejo Interino y reencontrarme nuevamente con Morquio. Entonces habían pasado muchos años y hasta ahora muchos más. Hoy, desde la óptica de un "veterano" que ha completado su ciclo docente, no identifico más a Morquio como un Profesor, como los que he tenido muchos y muy buenos, sino como mi único Maestro Médico.

Lamento, que sea tan tarde y que mi pudor (posiblemente también el suyo), me halla impedido decirle cuanto lo queríamos.

XIX

RECUERDOS DEL DR. MIGUEL A. CHIESA MOUNIC ¹⁶

La huella profunda que dejó Morquio por donde pasó en Uruguay y en Venezuela está signada por su método clínico de trabajo, honesto, experimentado y nutrido por las evidencias de otros casos que recordaba y relataba con detalle. Lector infatigable de literatura médica como *Chest*, *Actas Médicas Escandinavas* y otras, actualizando su biblioteca en forma permanente, leyendo y subrayando, lecturas que recordaba y usaba en su inagotable misión de enseñar su cada vez más perfeccionado método para hacer Medicina. Apoyado en un signo o síntoma clínico del enfermo era capaz por medio de un proceso genial de razonamiento elaborar un diagnóstico complejo y excepcional que luego se confirmaba con los estudios paraclínicos y la evolución.

Si algo transmitía este médico-genio era la inspiración y rigor con que usaba su método que pulía en su trabajo diario, así como el respeto por los estudiantes que expresaba en las aulas dándole relevancia a la presencia de éstos y razonando con el nivel correspondiente al auditorio.

Recuerdo una faceta muy propia de Morquio como era estar al día en los temas de la clínica que lo tomaba como un reto. Por ejemplo recuerdo que días antes de una Semana Santa, y a propósito de un enfermo internado en el Servicio del Hospital “Pasteur” con una enfermedad tromboembólica, me referí al libro de un francés llamado Raby acerca de Coagulación y Trombosis, donde planteaba la tromboelastografía como método diagnóstico y de seguimiento evolutivo, así como el uso del heparinato cálcico concentrado para el tratamiento. A la vuelta de los días feriados nos dio clase a todos refiriéndose al libro de Raby que era evidente lo había leído y asimilado por completo. Y así era Morquio, los retos a su conciencia de profesional de la medicina los tomaba y superaba con elegancia pertinaz y sabia.

Era trabajador e inteligente porque siempre su mente estaba abierta a las novedades que mejoraran su método de trabajo. Este ejemplo del libro de

¹⁶ CHIESA MOUNIC, Miguel Angel: médico uruguayo, ex integrante de la Clínica Médica “2” dirigida por el Prof. Dr. Atilio F. Morquio Yéregui, de la Facultad de Medicina de Montevideo, Uruguay. Ex Decano de la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, ciudad de Coro, Estado Falcón, República Bolivariana de Venezuela.

Raby estoy seguro que otros amigos que tuvieron la suerte de conocerlo ratificarán como ejemplo de los retos que tomaba cuando le planteaban un tema nuevo que aún no dominaba. Con él aprendí a ser metódico para pensar y sistemático para actuar.

Morquio pasaba revista a los enfermos hospitalizados todos los días rodeado de estudiantes de pre y posgrado, hablaba con los pacientes, los examinaba, hacía docencia con el ejemplo de laboriosidad, hacía crítica a la historia en todos sus aspectos, al trabajo de los médicos y estudiantes, y pedía exámenes que luego los recordaba con mucha precisión.

Los días sábado de cada semana en la Clínica Médica "2" eran días de cierre de historias y clasificar diagnósticos por el nomenclador internacional. Eran jornadas docentes, donde se repasaba y criticaba todo lo actuado en cada paciente que había sido dado de alta o de baja. Es otra de las experiencias maravillosas que recuerdo, el rigor con que se hacía este trabajo.

Estoy en Venezuela porque Morquio nos invitó a algunos integrantes del servicio en el hospital "*Pasteur*" a que viniéramos con él a este país donde se estaba fundando una Escuela de Medicina en Coro, Estado Falcón, y había un hospital recientemente inaugurado que hacía posible y viable la creación de la carrera.

Esto ocurrió entre 1977 y 1978, y poco antes habíamos renunciado en masa los integrantes de la Clínica Médica "2" de la Facultad de Medicina de Montevideo de la cual era Director Morquio, ante el Decano Interventor que estaba al servicio de la dictadura llamado Gonzalo Fernández, en gesto de protesta por la intervención dictatorial de la Universidad, renuncia que fue aceptada por el interventor "con especial demérito" como decía su respuesta escrita.

Su paso por la Escuela de Medicina de la UNEFM (Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda) en Venezuela y su trabajo en el hospital de Coro, secundado por otro uruguayo el Dr. Juan Darío González (que ahora debe estar en la ciudad de Mercedes-Uruguay) dejó huellas que aún hoy son comentadas por los que fueron sus alumnos.

Yo ingresé en la UNEFM a través de un concurso para proveer cargo de profesor de asignaturas básicas y allí estuve hasta que me jubilé en septiembre de 2006 como Profesor Titular y Decano del Área de Ciencias de la Salud, que ejercí desde el 15 de febrero de 2002.

Aquí en Venezuela también tuve el honor y la dicha de compartir con Morquio, Aída Dovat (su esposa) y su hija Ana Mercedes, así como con otro uruguayo de excepción como lo era el pianista Prof. Adhemar Schenone.

La pasión por los caballos de carrera que en Uruguay lo llevó a ser socio poseedor de caballos con el Dr. Carlos Invernizzi, la expresaba en Venezuela comprando las revistas hípicas todas las semanas y haciendo cálculos para las apuestas en el llamado "5 y 6", sistema que permitía apostar a las carreras en el hipódromo de Caracas que se pasaban por televisión, y que no se las perdía los domingos que se transmitían en vivo. Aída dedicada a la pintura montó su taller con alumnos en Coro, frente al apartamento donde vivían, e hizo una exposición ayudada por Schenone. Gratos recuerdos de un tiempo que parece suspendido en el espacio como que aún estuviera ocurriendo; como la situación cuando Morquio y Aída tenían perras que sacaban a pasear, o comíamos en su apartamento acompañados por Schenone, eximio pianista y director de la Escuela de Música de Coro. Tomábamos vino francés y a veces champagne francés. El dólar en esa época valía Bolívares 4,30 (hoy Bolívares 2.150) y todo parecía barato. Mi sueldo como médico rural en Churuguara eran 1.000 dólares por mes.

Atilio Fermín Morquio Yéregui, hombre de bien, personaje inolvidable, generoso con sus conocimientos, insuperable docente, genial en la práctica clínica, riguroso en la crítica que fundamentaba muy bien, socialista convencido, "cada vez comprendo mejor a Fidel" como me dijo más de una vez.

XX

Buscando acercar elementos de vivencias directas, de alguien que había sido su compañero de guardia en el Hospital de Clínicas, visitamos en marzo de 2007 al Dr. Juan Antonio De Boni. La siguiente es la síntesis de esa entrevista que fue tan rica e intensa y la última que mantuvimos en su vida de alguien que había sido un Maestro y amigo.

Una anécdota: Morquio fue Interno de Larghero. Y Larghero le hacía leer la historia al Interno. Como las historias de Morquio eran excelentes, Larghero iba en la noche, leía la historia para conocerla mejor. Y de mañana le hacía leer la historia. Otra vez, Morquio le ponía la tapa, porque lo que le preguntara, lo sabía y respondía.

En algún momento pensó en hacer Cirugía. Sabía de todo, tocaba un vientre, palpaba todo. Hicimos cinco años de guardia los sábados de tarde, en el Servicio de Emergencia del Hospital de Clínicas "Dr. Manuel

Quintela", y una vez por mes 48 horas, sábado y domingo. Cuando lo nombraron, del Campo dijo que a los 15 días iba a ser médico de guardia. El Clínicas cuando se inició era como un hotel, te daban de comer jamón de York; túnicas blancas, al enfermo lo vestían. En el Servicio de Emergencia, un día me dice Arzuaga, que estaba de guardia los viernes. "Ché Coco: vas a hacer Medicina con el tipo que sabe más Medicina del Uruguay". Cuando me dijo eso, pensé que lo iba a aprovechar.

De cine sabía muchísimo; literatura y turf también. Me hizo leer todo Vargas Llosa. Leía "La Casa Verde" y te la repetía. Era de una tenacidad increíble. Leía todo. Era aficionado al violín que cultivó hasta el final. En Venezuela tocaba mucho el violín.

En el año 1923, mi tío De Boni, era un famoso médico de Pocitos, que fue Asistente de Scremini, con gran clientela, y una relación muy afectiva con los clientes. Algunos viejos vecinos se acuerdan de él todavía. Entonces, entre las cosas que me regaló la viuda, porque murió muy joven, a los 52 años, había una libretita modesta, de aquellas que se utilizaban en los almacenes, donde anotó "Clase del Dr. Luis Morquio", mayo de 1923. Con una letra perfecta, expone cada tema, tal como Morquio daba la clase. El original se lo obsequié al Prof. Mañé Garzón, y guardé una fotocopia. Están todos los títulos de las clases, fecha por fecha. Al final le hice un índice, y hay una sola cosa que dice "Hágale nada". "No hacer nada". Lo único que está escrito de Morquio sobre esto. La libreta la llevó al Instituto Morquio, que está en 8 de Octubre. Es lo único escrito de una clase de Morquio, que creo Mañé lo presentó o lo comentó en la Sociedad de Historia de la Medicina.

Yo empecé con él en 1960 hasta 1965. Hicimos 5 años de guardia los sábados todo el día, hasta el lunes de mañana, excepto algún domingo cada 5 domingos, que a la 1 y media de la tarde: "De Boni, salgo un rato". Iba a Maroñas. Sabía todo. Conoció a Leguisamo. Sabía todo el pedigree de los caballos. Tenía un caballo con el Dr. Invernizzi, un médico que era oriundo de Salto, y le pusieron "Tupamaro", 5 años antes de que fueran famosos.

Morquio tenía una pasión totalmente patológica por la perra; la ponía a dormir debajo de la cama, seguro, no sé si arriba. Mi hermana, veterinaria, iba al domicilio. Después de muchos años, un buen día muere. Y Morquio empezó a llorar como un niño. Era de una fortaleza bestial, pero sin embargo tenía esos rasgos de ternura.

¿Cómo era en la relación con él en la guardia, con el médico, los internos, los pacientes? Conmigo era excelente. Yo no sé por qué. En general yo fui bastante apreciado; de joven era más duro y fui cambiando, porque me psicoanalicé 9 años, y cambié favorablemente. Conmigo tenía una relación excelente. Pero sorpresivamente me llamó la atención que cuando venía un enfermo neurológico, me llamaban a mí. Yo iba caminando, y atrás Morquio. Yo estaba en la plenitud de la Neurología, era Grado II. Y él me preguntaba: ¿Y cómo se saca ese reflejo? ¿Y por qué?

Era un médico; era un hombre que no demostraba mucho afecto, pero lo reconcentraba. ¿Y dónde se fue a mostrar?, en las 12 o 14 cartas que me envió de Venezuela, que lamentablemente se perdieron. Te hacían llorar, porque hablaba de la amistad, de la vida. Sufrieron la primera faz del dengue. Fue un profesor excelente allá, le hicieron placas de bronce, en su homenaje.

Resulta que allá en Venezuela en un hospital donde trabajaba, tenía equipos de todo tipo, pero todo tapado, encajonado. Los hizo poner en uso todos, y armó un CTI completo. Con la fuerza de él organizó todo y fue un excelentísimo profesor de la Clínica, realizando todo lo instrumental. En las cartas me contaba que había muerto la perra. Iba a caminar con la señora. La señora hizo un taller, y no se quería venir. Pero él dijo: "Yo mis huesos, los dejo en mi país". Tenía 66 años, y falleció a los 70. Falleció en Maroñas.

Habrá venido dos o tres veces a cenar. Atendió a mi padre y a mi madre, excelentemente. Se llevaba mal con Fiandra, que nunca me dijo nada. Aunque yo soy muy amigo. Él no sabía de esa amistad, porque yo no le contaba nada. Y me decía: "Fiandra sabe más que yo de electrocardiografía; pero de Clínica yo me defiendo mejor". Por ejemplo conmigo tenía actitudes, por ejemplo, una radio. Y me decía: "No se puede estudiar con la radio prendida". Se iba y a los cinco minutos venía. "De Boni, disculpáme, vos hacé lo que quieras". Él tenía una afectividad escondida. Un hombre muy duro para hacerse querer. Tenía una apariencia dura y fuerte; a veces agresiva, pero con mucho respeto de los colegas. Carlevaro habla del Pancho Morquio, pero la relación afectiva con él no era fácil. Cuando yo hice el infarto vine a trabajar a casa. Y me decía: "Vos no tenés problema, a vos te sigue la clientela". Y tenía razón.

Él tuvo un círculo de amigos, con Arzuaga, Etorena, Gómez Haedo, no sé si Campalans. Me dijo la señora que todavía no le tocó los libros. Él estudiaba todos los días. El día que falleció había estudiado dos horas, y después

llevó a la señora al Hipódromo. Decía que los niños debían estar en la casa con su madre hasta los 7 años, que no debían ir a la escuela.

De los maestros que tuvo, por quién sentía más respeto. Cuando era niño, Atilio tenía una bronquitis asmática. Y el padre consultó al hermano, que le dijo que fuera sometiéndolo a baños con agua cada vez más fría, y con eso anduvo bien.

Él agarraba la bicicleta de semi-carrera, y se iba a Lagomar y volvía. Un día le pregunté por qué era, y me dijo que eso le fortificaba, y aumentaba la circulación colateral, antes de que los demás hablaran de eso. Había un médico Duomarco, que le prohibía sentarlo al paciente infartado, para auscultarlo. Todos los días no sé, pero cinco veces por semana iba y volvía en bicicleta.

Fue un gran trabajador de la Medicina. A mí me examinó y estuvo media hora. Igual a papá y a mamá. No era un médico apurado. En la guardia, le avisaban de un enfermo para ver, y se ponía tres cuartos de hora. Lo revisaba completamente. Y en lo neurológico, a mí me halagó, pero le decía a otro que De Boni le había enseñado. Larghero iba de tarde a ver la historia, porque le gustaba poner siempre la chapa. Le hacía preguntas a él, y Morquio se las contestaba y recontestaba.

Un día estábamos comiendo los tres: Praderi (Luis), Morquio y yo. Dijo Praderi, que había ido a comer a tal lado. Morquio no hablaba de comida. Yo le pregunté: ¿Dónde es, para ir a comer con mi mujer? No se dijo más nada. A la otra guardia, le digo, "Ché Praderi, dónde era que se comía aquello tan rico". Y me salió como una grabadora, repitiendo Morquio lo que Praderi me había comentado: "Es en la calle 25 de mayo y tal, y hay que ir de noche"...

Lo que llamó mucho la atención, que a las guardias no podía llegar a las 08.00. Siempre llegaba a las 08.15. Yo llegaba 07.45. Siempre estaba vestido con un pullover verde, encima del equipo blanco. Era el principal de la guardia. En la agregación, en el tribunal estaban Purriel y Herrera Ramos, con algún otro profesor. A último momento, cuando él tenía todo, yo le pregunté "Ché Morquio, sabés bien todo?" "Sí, tengo todo". Fue la única vez que ví a Purriel decirle: "Bien, Morquio". Purriel me había pedido: "Ché, De Boni, tenés algún enfermo difícil?". Y le dí uno bien complejo. Lo mismo pasó con el concurso Castells y Arana.

¿Cómo era la relación de Morquio con los estudiantes y los Internos? Con los internos, no me acuerdo nada, ni malo ni bueno. Era seco, seco. Y

después cuando le gustaba hablar y decir cosas que le gustaba, de Medicina, se floreaba. Cuando hablaba de los “Cuatrocientos golpes”, de Truffaut, contaba la película escena por escena.

La relación con la señora, desde afuera era fría. Pero ella lo idolatraba. Diecisiete años después de la muerte, todavía no se animó a tocarle los libros, para moverlos.

En Venezuela le hicieron muchos homenajes. Se fue a los 60 de acá y estuvo hasta los 65.

Cuando volvió de Venezuela, fue consultante de CUDAM. Se llevaba muy bien con los compañeros de consultorio: Di Bello, Dubra, D´Ottone.

Anduvo por todos los hospitales, el Maciel y el Pasteur, pero sobre todo de éste, porque fue donde estuvo con su Clínica. Estuvo sí mucho en el Clínicas, en el Servicio de Emergencia, y participó mucho en el inicio de la gestión del Clínicas. Había gente que lo adoraba, y otros que lo odiaban. Era hosco, no mostraba la afectividad fácilmente. Podrá decirse que no lo trataban bien los otros, porque no le captaban la modalidad. Conmigo siempre se llevó muy bien. Pero no entraba en cuestiones personales, pero con un tono totalmente distinto al habitual.

XXI

Días más tarde, siguiendo sugerencia de De Boni, visitamos en su casa a la esposa viuda de Morquio, la señora Aída Dovat. Ella nos reveló allí detalles de su vida familiar, de su consagración al estudio, acerca de las casas en que habían vivido y de sus hábitos deportivos y culturales. También de su vida en el exilio y su retorno hasta la muerte. Nos abrió su casa y sus recuerdos, algunos que por su expreso pedido, dejamos expresamente fuera de este texto, pero que revelan todos lo que eran las diferentes facetas de esta rica y sensible personalidad. Esta es la síntesis de esa entrevista.

Un día, durante la dictadura, la Policía lo vino a buscar a la una de la madrugada. Y yo les dije: no está. ¿Y dónde está? No sé, está en la calle, haciendo guardia, porque es médico. Y entonces se fueron, diciendo que fuera a la Comisaría tal, al día siguiente. Y esa noche quemamos papeles, libros, todo, antes de irnos.

El padre de Morquio era contador, que llevaba la contabilidad del comercio, y había trabajado en las empresas mayoristas de Juan Carrau y Mateo Brunet, muy famosas en Montevideo a comienzos del siglo XX.

La madre nació en 1888. Había sido criada en una familia de la alta sociedad, los Yéregui, y quedó sin padre siendo muy niña. La madre la crió como las mujeres de aquella época: canto, piano y bordado. Era una mujer que no había estudiado; muy ágil mentalmente, pero no tenía una carrera.

Morquio tiene una hermana, única, María Mercedes Morquio, que era cantante de ópera, que trabajó muchos años como mezzo-soprano del SODRE.

Hubo un familiar que era farmacéutico, Yéregui, y otro que era Obispo. Y otro, Fermín, hermano de la madre de Morquio, que era introductor de diplomáticos.

El padre se llamaba Atilio Aníbal y tenía muchos hermanos. Luis Morquio, el médico, era el mayor de todos ellos. Además estaban José, Fausto y cinco mujeres Romilda, Sixta, Dominga, Corina y Carmen.

Él fue al Liceo Francés, junto con la hermana, en Enseñanza Primaria. La gente que tenía medios, no enviaba los niños a la Escuela, sino que tenían maestro en la casa. Cuando ingresó al Liceo Francés ingresó al 5to. Año. Pero no hablaba nunca francés, porque no le gustaba. El Liceo lo hizo también en el Liceo Francés. Y preparatorios en el IAVA, como yo. Yo empecé la Facultad de Medicina, luego del IAVA, y lo conocí en 1943, cuando Atilio Morquio era Disector. Siempre me gustaron los hombres inteligentes. Me encantó.

Cuando inició Anatomía, él había pensado sí en hacer Cirugía, pero después se orientó a Medicina. Yo vivía en casa de una hermana, porque mis padres estaban en el interior, en una casa modesta. Había mucho que hacer con los niños en la casa, y muchas veces, o había que cuidarlos o estudiar. Y él me preguntaba: ¿Hoy estudiaste? Y él me dijo un día: mirá, sino podés estudiar, no podés seguir la carrera, porque para ser médico tenés que estudiar todos los días. Y yo tenía detrás un sacrificio familiar para poder estudiar Medicina. Pero después dejé, luego de rendir Anatomía y Fisiología. Cuando tuve que dedicarme más, no llegué a Tercer año, con el ingreso al Hospital. Nos casamos en 1948; todavía Morquio era

Practicante Interno, y estudiaba. ¡Qué manera de estudiar, era admirable! Hasta el día antes de morir. Era un sábado, estudiaba en ese escritorio, yo pintaba, y encantada porque había silencio en la casa.

Los hijos: Atilio Aníbal vino en 1949, y Ana Mercedes la tuvimos 9 años después, porque estábamos muy enredados con la tarea, con la Abuela y con los gastos. Era muy difícil pensar en más hijos, pero vinieron, por suerte.

Él separaba completamente su vida pública, su trabajo, los enfermos, de la casa. Nunca trajo a contar algo en la mesa o en la casa, jamás hablaba nada de los pacientes. Era un fenómeno de la naturaleza, tenía como sectores en el cerebro. Separaba la música, del hospital, del consultorio, de sus conocimientos de historia, de literatura que eran muy abundantes, de cualquier tema. ¡¡¡Impresionante!!! Y yo le hacía una pregunta de cualquier otra cosa, pero no de Medicina, que yo no sabía. Él empezaba a plantear, se iba a la raíz de la cosa, y era admirable el conocimiento que tenía. Con los niños tenía una sensibilidad muy difícil.

Él con los niños y los animales, tenía una sensibilidad extraordinaria. Y creo que ese carácter externo de apariencia áspera, lo tenía para cubrir esa sensibilidad tan intensa que tenía. Por los niños, fueran propios o ajenos. Igual con un niño de la calle. Tuvimos perro, porque lo quiso mi hija. Un día una señora que se había criado en la casa de mi suegra, trajo un perrito a mi hija, y se fueron sucediendo por otros; me decía mi hija, "por una noche mamá, hasta que encuentre dueño". Y se quedaban. La comunicación era de los animales hacia él, y él lo sentía porque no le habían dejado tener perro cuando era chico. Porque la madre tenía una casa muy cuidada, cuando eran chicos. Y en esa época se conservaban las cosas que eran de la familia. Con los animales, teníamos una perrita que era insoportable. Y él sacaba a los animales a pasear, porque era muy ordenado, muy organizado. Apuntaba en una libreta: hoy estudié dos horas y media; al otro día, tres horas y media. Me quiso hacer ordenada, pero tengo mente de artista.

Con la música, cuando niño, no sé qué edad tendría, siete u ocho años, conocieron a Di Maggio, un violinista de *Alla Scala de Milán*, que vino a vivir a Montevideo y comenzó a darle clases de violín, y desde allí siguió tocando. En Venezuela conocimos al pianista uruguayo Adhemar Schenone, como amigo excelente. Era integrante de la OSSODRE y a veces

tocaba como solista, con Victoria Schenini, el dúo Schenini-Schenone. En aquel tiempo no le daba mucho tiempo, estudiando para tocar el violín. Pero en Venezuela, en el Estado de Coro, tocaba, tenía un orden impresionante. Tocaba música para violín solo. Le gustaba escuchar música, y sabía de todo. Salía en el diario un político de la época de la guerra, y él sabía toda la historia, le desarrollaba todo el tema hasta llegar al presente... Un compañero impresionante. Íbamos al cine, alguna vez, siempre a ver algo bueno, y nos pasábamos hasta las 2 de la mañana hablando de la película.

¿Cómo se produjo la vinculación con el Cine? Desde que lo conocí íbamos al cine. Pero se compró tres libros, con las historias de los directores, de los artistas, no sé de dónde sacaba tiempo.

Siempre me regaló, antes de que empezara la pintura, libros de pintura. A mí nunca me interesaron las joyas. Sí los libros. Fui a taller, desde los 44 años, y allí había gente de todas las edades. De eso no sabía mucho, le gustaba sí la pintura. Mi profesor era Edgardo Ribeiro, y cuando iba a Europa era Alceu. Le decía a Morquio que tenía muchas condiciones. Una mujer que cuando llega a los 44 años, que lo único que ha hecho es atender al marido, a los hijos, a la suegra, llega un momento en que una piensa "algo tengo que hacer". Si no, este hombres, se va a aburrir de mí.

Tenía muchos conocimientos de historia y literatura. No puedo decir desde cuando, porque fue acumulando libros y libros a lo largo de los años. Cuando fuimos a Venezuela, nos fuimos sin nada, y cuando volvimos tenía ocho cajones llenos de libros, que los hizo él. Compró libros de los mejores autores venezolanos, los leyó todos. García Márquez, Vargas Llosa, todo leía. Pero después que se recibió. Porque durante la formación, se dedicaba más que nada a estudiar, porque tenía que saber, y si no, no se presentaba al examen.

Tuvo consultorio primero en la casa grande de la calle Soriano, la que fue de su familia, de su madre, donde vivíamos, entre Andes y Florida, una casa hermosa, que era de fines del siglo XIX. Con una escalinata de mármol a la entrada, dos patios, vitrales, hermosa. Y una sala grande al frente, con muchos ventanales a la calle, y allí puso el primer consultorio. Y yo le atendía la consulta. A la calle Uruguay llevó el consultorio cuando vinimos a esta casa de Avenida Legrand, porque no podíamos tener aquí consultorio. Esa casa de la calle Soriano era alquilada, pero tenía techos de

bovedilla y ya estaba algo deteriorada cuando nos fuimos. Y él tenía un asma espantosa, tal vez desde niño.

Cierta vez la madre lo llevó con tos convulsa a ver al Dr. Luis Morquio. Él tosía, y Morquio dijo “qué barbaridad, quién me trajo este niño con tos, con todos los niños que están en la consulta”. Cuando Luis Morquio falleció Atilio tendría 15 años. Tenía relación con su tío pero no era muy intensa. Una vez fue con la madre y Morquio no hablaba frente al tío. Y él le dijo: “No se preocupe; non parla ma se fica”.

Cómo se inclinó por la Medicina, ¿habrá tenido algo que ver lo del tío? Lo habrá elegido él porque era muy independiente.

¿Y con los caballos de carrera, cuándo se aficionó? El padre siempre lo llevó de chico a Maroñas, aprendió a conocer las características de los caballos, tenía muchos libros. Era muy amigo de Carlos Invernizzi que era médico de Salto, pero trabajó y vivió en Montevideo y era de la familia de los fundadores de la Mutualista Universal. Llegaron a tener una yegua juntos, con una cantidad de dueños: eran 8 dueños. Porque no tenían plata, y entonces la compraron entre todos. Otros médicos, excepto uno, que era más joven que ellos, cuyo nombre no recuerdo. La yegua se llamaba Kaluga. También tuvo otro caballo, más adelante, por 1965, que era hijo de Kaluga, que se llamó Tupamaro. Eran una cantidad de socios, porque había que mantenerlo, y era caro. Entonces se daban el gusto y repartían entre todos los gastos. No era socio del Jockey Club. ¿Porqué le pusieron “Tupamaro” al caballo? El nombre proviene de los luchadores por la independencia del país y fue recogido del cuento histórico Ismael de Eduardo Acevedo Díaz.

Después apareció la organización guerrillera y quedó prohibido que la prensa usara esa palabra. Pero al caballo no le hicieron cambiar el nombre y era el único Tupamaro que aparecía en la prensa.

¿Cuando se fue a Venezuela, llegó allá y cómo se orientó? Antes de ir ya tenía contactos, era a través de un médico uruguayo que vivía allá.

De qué signo era Morquio? Era del 8 de marzo. De eso no entiendo nada.

¿Cómo se sintió en Venezuela, cómo se incorporó al ambiente universitario? Muy bien, porque allá lo recibieron muy bien. Hablaba de cómo sus maestros trataban al enfermo, García Otero y otros grandes

maestros que tuvo. Allá no tocaban al enfermo, él les enseñó, pero esto no quería que lo dijéramos porque podía rozar la sensibilidad de los venezolanos. Y él les enseñó eso, con mucha modestia, porque no tuvo nunca sentimientos de superioridad, con buena relación. Él decía que había llegado para colaborar con los médicos de allá.

Con los Maestros de él, qué recuerdos tenía, o qué gratitud tenía por ellos. Al Dr. Juan Carlos Plá, lo recordaba mucho. Él también era pintor, incluso le publicaron pinturas en las revistas del Sindicato Médico. Un día que estaba enfermo lo fuimos a visitar, y tenía un cuadro de Pareja, y algo hablamos con él del cuadro, pero no me dijo que él pintaba. Era un hombre muy culto.

Con Larghero tuvo una buena relación, lo apreciaba mucho. Fue Interno de Larghero. Y cuando tuvo al padre enfermo, Larghero fue varias veces de visita a ver cómo estaba.

Tuvo un grupo de alumnos con los que tuvo una buena amistad: Aníbal Paz, Carlos Schettini, Ramón Rostom, Miguel Musé – que escribió unos recuerdos de él- Elvira Gossio, Miguel Chiesa, Daniel Lillo. Con Eduardo Navarrete y Milton Quinto Cazes debía tener buena relación, pero a casa no venían, aunque podían ser muy amigos sin venir a la casa.

Él fue al Hospital Pasteur, sobre todo, donde estaba Plá, y luego tuvo allí él su Clínica. Con García Otero estuvo en el Maciel; él le atendió al padre.

Siempre tuvo una modestia muy grande para todo lo que era su figura, y no cambió con los años, ni la adquirió con el tiempo. Él se medía, sabía lo que sabía. Se valorizaba en lo que sabía, se apoyaba en eso. Tenía una confianza muy grande en sí mismo, porque tenía una memoria prodigiosa. Él decía que era porque la había educado. Pero no se sentía por eso superior. Sabía porque se había roto los ojos leyendo y viendo enfermos, y haciendo lo que había que hacer. Pero nunca tuvo ostentación.

En el vestir fue muy modesto, de tonos grises. Tenía un pullover verde que se ponía encima del equipo blanco en el hospital, y arriba una túnica en invierno. Era un chaleco sin mangas, tejido por la madre, que tejía muy bien.

Siempre anduvo en bicicleta, pero en el centro era medio embromado salir de allá. Tuvo un asma muy fea, y tenía 40 años y subía la escalera y llegaba ahogado; y parecía una persona de 60. Yo le daba la adrenalina de noche, y a las 5 de la mañana me pedía otra, porque estaba ahogado completamente. Y me empezó a decir que era el aire del centro. Y la madre quería seguir allí porque quería oír las campanas de la Catedral. Pero entonces nos vinimos para acá. Él allá andaba, de vez en cuando, en bicicleta. Pero empezó a tomar el aire de Malvín, que era más limpio que ahora, y comenzó a andar en bicicleta, y así se rejuveneció como 20 años; y disminuyó el asma, se acabaron las inyecciones. Se iba hasta Lagomar, los domingos de mañana, y a veces en la tarde del sábado, ida y vuelta.

A algún colega le dijo que eso desarrollaba la circulación colateral del corazón.

¿Cómo fue el retorno al Uruguay? El se fue en setiembre de 1977 y seis meses después fuimos nosotros. Y en el 1983 volvimos. Él estuvo casi 7 años, y yo estuve seis. Coro era una ciudad colonial preciosa. Una de las más antiguas del continente declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad. Conservada con su aire colonial, con sus techos, iglesias, muy linda ciudad. Para vivir, mejor que Caracas. Había un hospital de Coro, que tenía bastantes camas. A él lo apreciaron muchísimo. Reconocimientos, homenajes.

Viajar, viajó poco. No porque no le gustara, sino porque no teníamos dinero. A Europa no fue nunca. Después que él murió, me surgió la posibilidad de ir con Nelson Di Maggio, en un grupo, a visitar los museos después de la Bienal de Venecia.

En América fue a Buenos Aires, pero no le gustaba la ciudad, no le encontraba mucho atractivo. Fue a Venezuela. Allí en unas vacaciones hicimos un largo viaje y recorrimos en auto las principales ciudades Caracas, Barquisimeto, Maracaibo, Mérida, Ciudad Bolívar y San Cristóbal.

Mientras estuvimos en Venezuela, en nuestra casa en Montevideo quedó un hijo del Dr. Osvaldo Lucas, que vivió con su señora hasta que compraron casa propia. Nuestro hijo estaba en Cuba desde antes de irnos nosotros. Después un hermano mío quedó aquí, porque venía del interior, y quedaron ellos tres años más acá.

Con el Interior del Uruguay, ¿qué relación tenía Morquio? Le gustaba ir a pasear. En las vacaciones se iba a Tarariras, donde eran mis padres; yo le agradecí toda la vida. Tuvo muy buena relación con mi madre y mi padre. Salía en bicicleta, y llevaba libros para leer y para estudiar. Se levantaba, leía, salía en bicicleta, almorzaba, todo tranquilo. Después que fallecieron mis padres, nunca más fuimos. Pescar no le gustaba. Por los desamparados y animales, no era capaz de hacerlo. Ni siquiera le daba inyecciones a los hijos, porque no quería pincharlos; tampoco atender a la perrita, me lo dejaba a mí todo.

Él trabajó yendo a Florida, cuando volvimos de Venezuela, para dar consulta. El planteo se lo hizo el Sindicato Médico de Florida, donde iba en ómnibus, volvía de noche, le mostraban los casos más complicados, pero él mantuvo esa reserva de todas sus cosas y particularmente de los pacientes.

Fue un hombre de gran disciplina, un cerebro especial, muy estudioso. Y un corazón impresionante. Porque era un hombre de una sensibilidad exquisita. Con esa caparazón que se hacía, se protegía del mundo externo, para no complicarse en otras cosas. No le gustaba cocinar ni hacer asados. Tomaba mate cuando estudiaba. Pero todo lo hacía él solo, porque los demás se lo arruinábamos. Muy metódico y tranquilo. Tenía su carácter; cuando se enojaba era bravo, pero había que saberlo llevar. La perfección no existe. Y como yo soy bastante imperfecta, tengo derecho a decirlo.

Teníamos una camioneta Taunus amarilla, que cuando fuimos a Venezuela, la vendió. A la vuelta de Venezuela compramos un auto, que se lo dejamos a mi hija. Allá tuvimos uno francés un Peugeot.

Ese letrerito que tiene en el escritorio, con un pensamiento, en un azulejo, es algo que le regaló el hijo. "La adversidad es la forma de los grandes caracteres". Eso lo compraron en la feria. El diploma de graduado, cuando era Decano Dr. Mario A. Cassinoni y Rector Arq. Leopoldo Agorio, el Esc. Rufino Larraud, y Dr. Felipe Gil, Secretario de la Universidad, el 1º de marzo de 1950, siendo exonerado de los derechos de título en mérito a su alta escolaridad.